



# Entrevistas 50 años



NUEVA SOCIEDAD





**Gisèle Sapiro**

# ¿Qué hacemos con los autores «incómodos»?

*Entrevista a Gisèle Sapiro*

Violeta Garrido

Gisèle Sapiro (Francia, 1965) es una de las más reputadas sociólogas de la cultura y trabaja en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS, por sus siglas en francés) y en el Centro de Sociología Europea (CESSP), siguiendo la estela de Pierre Bourdieu. Su trayectoria intelectual y profesional se debate entre el estudio del campo intelectual francés, particularmente en lo que toca a la noción de responsabilidad política de los escritores, y la investigación en torno de la sociología de la traducción, sobre la que ha publicado en numerosas instancias. Recientemente, la editorial Clave Intelectual

ha publicado en español uno de sus últimos libros, *¿Se puede separar la obra del autor? Censura, cancelación y derecho al error*, donde aborda, desde una perspectiva que conjuga el análisis interno con la contextualización sociohistórica, la problemática que presentan las intrincadas relaciones entre la moral del autor y la moral de la obra. Se trata de un debate que parece haber cobrado más relevancia en los últimos tiempos, gracias en parte a la movilización de ciertos sectores progresistas del espectro político y a las lógicas de conversación pública de masas que imponen las redes sociales. Preguntamos a la especialista

---

**Violeta Garrido:** formada en Teoría de la Literatura, es traductora, profesora e investigadora en la Universidad de Granada y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de Francia. Allí estudia, tomando como eje la noción de inconsciente ideológico, las relaciones entre filosofía, marxismo y literatura.

**Palabras claves:** autor, cancelación, libertad de expresión, obra, responsabilidad.

sobre esta y otras cuestiones de actualidad, como el ascenso fulgurante de la extrema derecha en Francia.

*¿Cuándo y por qué comenzó a interesarse por la sociología de la cultura y de los intelectuales?*

En el transcurso de mis estudios de filosofía y de teoría de la literatura descubrí la obra de Pierre Bourdieu, que me fascinó inmediatamente. Penetré en dicha obra a través de la sociología de la literatura y de la cultura. Durante mi maestría, asistí también a un seminario del historiador Shlomo Sand que me hizo descubrir la historia de los intelectuales. Consagré mi trabajo de fin de maestría a la reconstrucción de la autoimagen de Francia tras la Segunda Guerra Mundial, y me interesé por el rol que habían jugado los escritores en ese trabajo de reconstrucción de la conciencia nacional.

*Desde el comienzo de su trayectoria, usted se ha dedicado con un interés particular al estudio de los escritores e intelectuales franceses de la primera mitad del siglo XX. ¿Por qué? ¿Qué nos puede enseñar hoy esa etapa de la historia intelectual?*

Después de esa maestría, centrada en la posguerra, comencé una tesis sobre las opciones políticas de los escritores bajo la ocupación alemana, dirigida por Pierre Bourdieu. Esa tesis, publicada con el título *La guerre des écrivains, 1940-1953* [La guerra de los escritores, 1940-1953] [Fayard, 1999], aspiraba a comprender las tomas de posición de los escritores en

un periodo de crisis nacional que obligaba a cada uno a tomar decisiones: por qué algunos colaboraron con los nazis mientras que otros resistieron. Mostré que había toda una gama de actitudes. Sobre todo, pude dilucidar las relaciones entre sus compromisos y sus concepciones de la literatura. Analicé el rol que jugaron instituciones literarias como la Academia francesa y la Academia Goncourt, cómo reflejaron las presiones políticas. Ese estudio mostró que, incluso en un periodo de pérdida de autonomía de la literatura, los asuntos políticos se retraducen según las lógicas específicas del mundo de las letras. Se constatan fenómenos similares bajo los regímenes comunistas. Al mismo tiempo, ese episodio de profunda división política de la nación reveló los intentos de las diferentes fuerzas políticas por captar para su propio beneficio el poder simbólico de los escritores. Más tarde, en mi siguiente libro, titulado *La responsabilité de l'écrivain. Littérature, droit et morale en France* [La responsabilidad del escritor. Literatura, derecho y moral en Francia] [Seuil, 2011], trabajé sobre los procesos judiciales literarios en Francia desde principios del siglo XIX y sobre la lucha de los escritores en favor de la libertad de expresión.

*¿Es concebible un intelectual apolítico? Cuando usted habla de la responsabilidad del escritor, ¿está pensando en ello?*

El filósofo Alain decía: «Cuando se me pregunta si la división entre partidos de derecha y de izquierda, entre personas de izquierda y de derecha, tiene

todavía algún sentido, lo primero que se me ocurre es que quien hace la pregunta no es ciertamente de izquierda». Creo que esto sigue siendo cierto hoy en día y que se aplica también a la cuestión del apoliticismo. Los gobiernos han intentado «neutralizar» la figura del intelectual constituyendo la figura del intelectual «experto», que sería objetivo y «neutral» y haría un diagnóstico neutral que permitiría orientar las políticas públicas. Pero ningún diagnóstico es neutro, y objetividad no equivale a neutralidad. La figura del tecnócrata se construyó contra los intelectuales marxistas. A menudo, los intelectuales que se denominan apolíticos son de centro-derecha. Por otro lado, es cierto que el grado y las formas de politización varían, como he mostrado en otro lugar<sup>1</sup>.

*Recientemente usted ha publicado ¿Se puede separar la obra del autor?, libro en el que aborda la cuestión de la relación entre la moral del autor y la moral de la obra. Aunque usted sostiene que se trata de una polémica antigua, ¿por qué piensa que se ha vuelto tan popular en la actualidad?*

Ha sido el #MeToo y lo que se ha llamado *cancel culture* [cultura de la cancelación] lo que ha hecho que esos debates se vuelvan muy actuales, a través de las prácticas de boicot de obras producidas por autores que han incurrido en maniobras o tomas de posición reprobables y que se han enfrentado a protestas

públicas. Por ejemplo, durante el estreno de *J'accuse* [en español, *El oficial y el espía*] de Roman Polanski, y durante la ceremonia de los César, de la que la actriz Adèle Haenel se marchó como protesta cuando Polanski fue premiado. A eso se le suma el intento de rehabilitar a figuras como el líder de Acción Francesa Charles Maurras en el contexto del crecimiento de la extrema derecha, o de reeditar escritos como los panfletos antisemitas de Louis-Ferdinand Céline. Además, Céline y Maurras fueron incluidos en el *Libro de las conmemoraciones nacionales* de Francia, lo que desató una polémica.

*¿En qué medida la noción de cancel culture es útil para defender la necesidad de una democratización del debate público sobre los comportamientos reprobables de los autores? Y, al mismo tiempo, ¿cuáles son los riesgos ligados a la utilización indiscriminada de esa fórmula?*

Esa expresión la crearon los opositores a la práctica de boicot y fue retomada por Donald Trump. Se mezclan cosas muy distintas, como el derribo de estatuas, los boicots, las protestas públicas que persiguen impedir la realización de ciertas representaciones, como en el caso de *Exhibit B*, la instalación de Brett Bailey, que recreaba los zoológicos humanos de las exposiciones coloniales; el «borramiento» del nombre de la autora conservando la obra, como en el caso de *Harry Potter*, las reescrituras

1. «Modelos de implicación política de los intelectuales: el caso francés» en Maximiliano Fuentes Cordera y Ferran Archilés (eds.): *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, Akal, Madrid, 2018.

de obras pasadas sustituyendo los términos estigmatizantes como *nigger* por «*n-word*» [la palabra que empieza por n] y los despidos de personas acusadas de agresión sexual. Estas prácticas revelan cuestiones importantes concernientes a los derechos de los grupos «minorizados», mujeres, minorías racializadas: su derecho a la dignidad y a la protección, especialmente contra las violencias y agresiones sexuales en el caso de las mujeres, pero también contra las diferentes formas de violencia simbólica, como las declaraciones sexistas o racistas y la apología de la violación, de la pedofilia o de la esclavitud, declaraciones que yo llamo discursos de «estigmatización» en mi libro *Des mots qui tuent* [Palabras que matan]<sup>2</sup>. Con el uso de la expresión *cancel culture* se corre el riesgo de meter esas prácticas tan diferentes en la misma bolsa. Se puede defender el derecho al boicot y a la protesta pública que aprovecha la notoriedad de autores consagrados o muy reconocidos para promover la causa de las mujeres o la de las minorías racializadas, sin suscribir por ello la práctica del despido sin pruebas, basada únicamente en la acusación de los denunciantes. Considero también que ocultar o reescribir las obras del canon comporta el riesgo de olvidar la violencia simbólica, de eliminarla de la memoria colectiva en lugar de sacarla a la luz, de mostrar su funcionamiento. Estoy a favor del análisis crítico, no de la eliminación, salvo cuando se trata de panfletos racistas y antisemitas de principio a fin, como los

de Céline. Considero asimismo que los intermediarios culturales deben ejercer su responsabilidad.

*Siguiendo con esta cuestión, y como usted apunta, tengo la impresión de que esa «cultura de la cancelación» no existe en cuanto tal (puesto que numerosos artistas acusados de abusos y supuestamente «cancelados» han seguido trabajando, como por ejemplo Johnny Depp), sino que se trata más bien de una reacción de ciertos sectores conservadores ante el hecho de que el mundo de la cultura acepte cada vez más que «lo personal es político» y que se hable de ello en condiciones de libertad y de igualdad. Como socióloga de la cultura, ¿está usted de acuerdo? ¿Qué matices aportaría a una opinión así?*

En Europa ha habido muy pocos despidos o verdaderos impedimentos al ejercicio del trabajo en comparación con lo que se ha visto en Estados Unidos, empezando por el productor Harvey Weinstein, pero ha habido casos a pesar de todo. Podemos alegrarnos de que esos intermediarios culturales que son los editores hayan asumido su responsabilidad dejando de publicar al escritor Renaud Camus, convertido en teórico del «gran reemplazo» (de la población europea por los migrantes no blancos), y a Richard Millet, quien publicó un «elogio literario de Anders Breivick», autor de dos mortíferos atentados en Oslo y en la isla de Utoya en 2011 contra un campamento de jóvenes

2. Seuil, París, 2020.

socialdemócratas. Estos asuntos no son asuntos privados. Pero la violación, la agresión sexual o la violencia contra las mujeres tampoco deben considerarse asuntos privados. El Estado, la ley, deben proteger a las personas vulnerables de los abusos de autoridad, de las violencias y de los atentados contra la dignidad. A menudo esa protección existe en teoría, pero rara vez se aplica en la práctica. Dicho esto, habría que evitar dar curso a las acusaciones que es preciso verificar, como, parece, en el caso de Johnny Depp. Por otro lado, no todas las acusaciones están justificadas. Examinó en detalle el caso de Peter Handke, acusado de negar las masacres perpetuadas por los serbios durante la guerra de la antigua Yugoslavia, lo que suscitó protestas cuando se le concedió el Premio Nobel de literatura. Pero él no negó esas masacres, aunque su retórica sea ambigua, como muestro en mi libro.

*Usted explica en la obra que existe una diferencia notable, también en el plano judicial, entre la representación de una realidad y la apología. ¿Existen a priori elementos en el proceso de creación de una obra artística que sean inherentes a cada una de estas categorías?*

La apología de un acto tipificado como crimen por la ley es un crimen en sí en todas las leyes, pero actualmente consideramos que no por representar el «mal» o a los criminales (nazis, violadores, pedófilos) nos identificamos con ellos. En mi libro *La responsabilité*

*de l'écrivain* estudié la historia de los combates librados por los escritores en Francia para conquistar la libertad de expresión. Escritores como Gustave Flaubert, que representaban la sexualidad, el adulterio, fueron perseguidos por ofensa a la moral pública. Los escritores realistas como Honoré de Balzac se defendían argumentando que no mostrar el «mal» revela la hipocresía burguesa. Pero Balzac juzgaba a sus personajes, hacía oír su voz, a diferencia de Flaubert, que optó por un narrador impersonal, lo cual se le reprochó en su proceso, acusándolo de «magnificar» el adulterio a causa del procedimiento ambiguo del discurso indirecto libre, donde el autor se ajusta al punto de vista de sus personajes. Durante la Tercera República, cuando el acceso a la lectura aumentaba gracias a la generalización de la educación, Émile Zola y los naturalistas afirmaban que es el lector o lectora quien debe formar su propio juicio. La distinción entre representación y apología no está codificada, pero se observa en la jurisprudencia que subyace a las decisiones de los jueces, sobre todo cuando la representación es ficticia y el universo ficcional se considera cerrado —salvo cuando se citan nombres propios de personas reales, lo cual abre la puerta a demandas por difamación por parte de estas últimas, como hizo Le Pen contra Mathieu Lindon, autor de una novela titulada *Le procès de Jean-Marie Le Pen*, o incluso por invasión de la privacidad—. Dicho esto, hay representaciones que son más o menos complacientes en sus descripciones de crímenes o de

violaciones, o incluso en la representación de personajes racistas, y corresponde a la crítica exponer esas formas de complacencia, sin que por ello la obra tenga que ser censurada. En el libro analizo el caso de *Plataforma*, de Michel Houellebecq, que muestra esa complacencia respecto a la islamofobia de sus personajes.

*¿Qué significa que existe una triple relación (metonímica, de semejanza y de causalidad interna o intencionalidad) entre un autor y su obra? Si bien usted hace referencia a autores como Michel Foucault o a las teorías de los nombres propios de los filósofos analíticos para argumentar su posición, el análisis de esa triple relación es originalmente suyo, ¿no es así?*

Sí, fui yo quien propuso ese análisis ya en *La responsabilité de l'écrivain*. La teorizo un poco más en ese libro, donde muestro que la relación entre el autor y la obra no se limita a la «función-autor» descrita por Foucault, según la cual el nombre del autor unifica una serie de obras y las constituye como «una sola obra», que es lo que le otorga derechos de propiedad sobre ella. La supuesta semejanza entre el autor y la obra es objeto de una profunda creencia, de la que se deriva el vínculo entre la moral del autor y la moral de la obra: examino esa semejanza a través de la relación entre el autor y sus personajes, desde la escritura íntima, donde esa relación es transparente (el «yo» del diario íntimo o de la autobiografía es el del autor), hasta la ficción, aparentemente alejada de la vida del autor, pero que puede

esconder una semejanza no visible a primera vista, lo que abre un espacio interpretativo (Flaubert habría dicho «Madame Bovary soy yo»). Del mismo modo, se supone que el autor es la causa de la obra porque esta se deriva de un proyecto creativo, de una intencionalidad, y es este nexo causal la fuente de la responsabilidad penal del autor. Sin embargo, en mi libro muestro los límites de la identificación entre el autor y la obra según estas tres dimensiones. En primer lugar, el perímetro de la obra puede ser inestable, al igual que su unidad, por razones estilísticas o temáticas que llevan a su periodización, como en el caso de Pablo Picasso (periodo rosa, azul, periodo cubista...) o de Martin Heidegger (antes o después del giro), o a su división, como en el caso de los panfletos de Céline, que fueron separados de sus novelas (fue él quien no quiso reeditarlos). Después, el parecido entre el autor y la obra encuentra su límite en la ficcionalización de elementos autobiográficos y en la distancia con los personajes. Por último, la intencionalidad encuentra sus límites en la recepción de las obras, que puede sugerir una interpretación de la obra muy diferente a la del autor, como hemos visto en el caso de *Exhibit B*.

*El género de la autoficción, tan en boga en nuestros días, ¿complica aún más la atribución de responsabilidad a un autor por sus acciones, a causa de las fronteras difusas entre el autor, el narrador y el personaje? ¿O este problema afecta al conjunto de la modernidad literaria y no específicamente a la autoficción?*

La introducción de la figura del «narrador» entre el autor y los personajes ha complicado, en efecto, la identificación del autor con la obra, porque ya no sabemos qué piensa el autor, no juzga ya a sus personajes como lo hacía Balzac. El autor puede optar por un narrador omnisciente y omnipotente, que penetra en los pensamientos de sus personajes, o puede adoptar el punto de vista de un personaje ficcional que a veces habla en primera persona, como el personaje de *Plataforma* que, aunque se llama Michel, tiene poco en común con la biografía del autor. Pero el autor también puede escribir una novela autobiográfica, como *Burguesía soñadora* [1937], de Pierre Drieu La Rochelle. La autoficción es un género que apareció hace algunas décadas y se desarrolló en Francia. Se inspira en la autobiografía, pero ficcionaliza ciertos elementos, ya sea para proteger a la familia o para evitar la persecución por vulneración de la intimidad o de la reputación. Camille Laurens, por ejemplo, se vio obligada a cambiar en su libro *Philippe* [1995] el nombre del médico responsable de la muerte de su hijo al nacer. Es a partir de entonces cuando comienza a escribir autoficción. Pero en la autoficción hay un pacto de lectura entre el autor y el lector o lectora: sabemos que es el autor, aunque haya elementos de ficción, a diferencia del género de la novela, donde el autor puede esconderse detrás de sus personajes, como lo hace Houellebecq.

*Usted estudia el compromiso nazi-fascista o antisemita de autores como Heidegger,*

*Maurice Blanchot o Günter Grass, por citar solo a algunos. En este tipo de casos, ¿cuándo se ejerce honestamente el «derecho al error» y cuándo se revela como una estrategia de «blanqueamiento»?*

Todos esos autores presentan casos muy diferentes. ¿Cuál es la relación entre la participación juvenil de Grass en las Waffen ss al final de la guerra, durante unos meses, y su obra literaria, posterior a esta participación? En su caso, las revelaciones sobre este pasado comprometido fueron obra suya, lo escribió en sus memorias, y se puede releer la obra visibilizando que está impregnada de un sentimiento de culpa, como ha sugerido un crítico. Es también el caso de Blanchot, quien pareció haberse «arrepentido», sin mencionarlo como tal, de su compromiso juvenil con la extrema derecha, que interrumpió en 1938, antes de la guerra; pero sus compromisos posteriores con la izquierda, como los de Grass, lo atestiguan. Heidegger, en cambio, nunca expresó el más mínimo arrepentimiento por su compromiso pronazi y siguió diciendo que la guerra fue causada por los judíos. Los *Cuadernos negros* revelaron la inscripción de su antisemitismo en el corazón de su filosofía, en contra de la separación que sus exégetas intentaron mantener entre vida y obra. En el caso de los críticos Hans-Robert Jauss y Paul de Man, la relación con este pasado comprometedora —Jauss, como antiguo oficial de las ss que participó en masacres en Croacia; De Man, como autor de una serie de artículos antisemitas en la prensa belga en 1942— parece más ambigua,

como han sugerido algunos críticos. Este cuestionamiento nos invita a explorar la ficción y los escritos teóricos de estos autores a través de este prisma, sin reducirlos a él ni asumir una relación directa.

*Usted estudió, como mencionaba, la autoimagen de Francia tras la Segunda Guerra Mundial. Este año (2022), disputará la Presidencia Éric Zemmour, quien ha planteado una gran disputa política a través de best sellers como Le suicide français y de su permanente participación en tertulias televisivas, exponiendo puntos de vista decadentistas, xenófobos e incluso revisionistas sobre el régimen de Vichy. ¿Cómo pensar este tipo de figura pública que remite a formas del intelectual panfletario del pasado?*

Zemmour es lo que yo llamo un «polemista». Es un falso profeta de la decadencia francesa, que sigue la estela de otros panfletarios de extrema derecha, como Édouard Drumont, el escritor antisemita autor de *La France juive*, y Charles Maurras, el referente de Acción Francesa. Zemmour ha forjado su reputación a base de polémicas en los medios de comunicación y en tertulias de canales como CNews, propagadas en libelos de amplia difusión, al tiempo que ha publicado novelas de fuerte contenido ideológico, como *Petit frère* (2008). Se sitúa en la extrema derecha del espectro político.

En *Le suicide français*<sup>3</sup>, del que se han vendido más de 400.000 ejemplares, Zemmour construye un sistema de oposiciones que pretende desafiar la ideología dominante en nombre de los valores patriarcales que, según él, aseguran la estabilidad y la grandeza de la nación, haciendo de la familia la célula de una concepción organicista de la sociedad. La ideología dominante que ha destruido los valores franceses procede, según Zemmour, de EEUU, junto a la ideología capitalista neoliberal que, dice, es complementaria del hedonismo consumista de las mujeres y los homosexuales. El libro propone una contranarrativa de la historia nacional. Esta contranarrativa, que se pretende histórica, está en realidad organizada deductivamente según los principios de decadencia que ese trabajo pretende mostrar: el fin del patriarcado, la feminización, el consumismo, el multiculturalismo. También ataca el libro de Robert Paxton, *La Francia de Vichy*, publicado en 1973<sup>4</sup>, que cuestionó la tesis de Robert Aron de que el régimen de Vichy había protegido a los judíos franceses. Zemmour pretende rehabilitar esta tesis contra la tesis de Paxton sobre la responsabilidad de Francia en la deportación de judíos. El argumento de Zemmour de que Francia sacrificó a los judíos extranjeros para proteger a los judíos franceses, limitando el número de víctimas entre estos últimos, está en consonancia con su principio de preferencia nacional y

3. Albin Michel, París, 2014.

4. Hay edición en español: Noguer, Barcelona, 1974.

también forma parte de la labor de rehabilitación de Maurras, quien había pedido la creación de un estatuto para los judíos y era uno de los consejeros de Philippe Pétain. Este argumento le permite culpar a los descendientes de los judíos extranjeros supervivientes de haberse vengado imponiendo una orientación comunitarista. Añadamos que para Zemmour existe una buena inmigración, la procedente de Europa, «de fe cristiana (...), de la misma cultura grecolatina y de raza blanca», precisa, y la otra, la que trae el multiculturalismo. Una distinción que evoca el discurso racista de la década de 1930, formulado por Acción

Francesa y otros movimientos de extrema derecha, sobre los judíos inasimilables, un discurso que Zemmour traslada a los musulmanes.

El hecho de que este polemista, muy marginal en el ámbito intelectual, donde no goza de ningún reconocimiento intelectual o literario, haya adquirido tal notoriedad entre el gran público, a punto tal que puede aspirar a ser candidato en las elecciones presidenciales, revela tanto la derechización de la escena pública, que analicé hace unos años<sup>5</sup>, como el dominio de los medios de comunicación sobre el debate, un fenómeno que Bourdieu denunciaba ya en los años 90. ☒

---

5. G. Sapiro: «L'inquiétante dérive des intellectuels médiatiques» en *Le Monde*, 15/1/2016.



**Maristella Svampa**

# Pensar y actuar de manera anfibia

*Entrevista a Maristella Svampa*

Pablo Stefanoni

Maristella Svampa (Río Negro, Argentina, 1961) ha venido ocupando, desde hace más de dos décadas, un lugar de intelectual pública cada vez más visible, con una proyección que supera las fronteras argentinas y en una clave cada vez más latinoamericana.

Sus trabajos como académica han contribuido a abrir debates y a ampliar los focos de atención hacia una variedad de temáticas: la acción colectiva, los populismos latinoamericanos, el extractivismo, entre otros, con el cuestionamiento al carácter excluyente de las sociedades latinoamericanas como telón de fondo. Con un giro desde la filosofía hacia la sociología, en combinación con la escritura literaria, su obra refleja a un tipo de intelectual que define como «anfíbio», modelo puesto en práctica en diferentes contextos de investigación y compromiso social.

En esta entrevista, Svampa repasa esa trayectoria biográfica, en conexión con diversos momentos argentinos y latinoamericanos que jalonaron lo que va del siglo XXI.

*Me gustaría comenzar por el 2001 argentino. Precisamente en diciembre pasado se cumplieron 20 años de ese acontecimiento que generó una enorme movilización social y abrió un horizonte político de cambio cuando parecía que eso estaba cancelado. Pero también conllevó un cambio en su perspectiva, hacia una mirada más latinoamericana... ¿cómo lo recuerda y qué balance biográfico, político e intelectual le activan esas jornadas?*

El 2001 argentino, es cierto, me llevó a pensar en clave latinoamericana, pero en realidad hay dos claves esenciales: una personal y otra que, *a posteriori*,

---

**Pablo Stefanoni:** es jefe de redacción de NUEVA SOCIEDAD.

**Palabras claves:** ambientalismo, intelectualidad anfibia, movimientos sociales, neoextractivismo, Maristella Svampa.

interpreté como latinoamericana. En principio, hay que decir que el 2001 reúne muchas capas o niveles de acumulación: fue una crisis hegemónica, una fuerte crisis política de representación y, al mismo tiempo, un acontecimiento que dio visibilidad a luchas y movimientos sociales que cuestionaban el neoliberalismo. Y el 2002, luego de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, fue, como contracara paradójica de la crisis, un año extraordinario, marcado por un proceso de liberación cognitiva que abrió al protagonismo y la movilización de numerosos actores sociales. Este es un tema fundamental, el de poner de relieve la apertura de un nuevo umbral, porque durante los 90 se expandió mucho el escepticismo en la sociedad, la idea de que no había «alternativa» al neoliberalismo, y de alguna manera las jornadas de 2001 terminaron con esa actitud de inacción, de pasividad y de impotencia individual y colectiva. Ese proceso de liberación o de apertura cognitiva implicó que los propios actores que hasta hacía poco tiempo se concebían como pesimistas o impotentes respecto de su capacidad de acción descubrieran que podía intervenir y modificar la realidad a través de la acción colectiva. Eso es lo que en la sociología de los movimientos sociales se llama «liberación cognitiva».

El 2001-2002 produjo también una aceleración del tiempo. En realidad, toda gran crisis produce la aceleración del tiempo, un tiempo vertiginoso que provoca una suerte de suspensión —o al menos creímos así— de esa dialéctica cosificada entre estructura y acción, de esa asimetría entre sectores de poder y

actores subalternos. Lo cierto es que el sistema de poder entró en un tembladeral. De ahí la potencia de los sujetos colectivos en su interpelación al poder, de ahí también la respuesta represiva del Estado, que se expresó de modo aleccionador en la violencia contra los movimientos piqueteros movilizadas el 26 de junio de 2002. Esa gran represión apuntaba directamente contra la posibilidad de articulación entre sectores populares y clases medias, y mostraba hasta qué punto el modelo de dominación había entrado en un tembladeral. Esto último se vincula con el hecho de que la crisis de 2001-2002 abrió a un periodo intenso de movilizaciones sociales y de cruce intersocial o interclase, que nos hizo pensar en la posibilidad de articulación de sectores excluidos con clases medias bajas y clases medias culturales. Ese cruce interclase —que se podía leer en el espejo de los años 70— aparecía ahora como una novedad, ya que durante el neoliberalismo de la década de 1990, durante los años de Carlos Menem, lo notorio no solo había sido la polarización social y la respuesta individualista, sino también la segregación espacial y social.

Fue un proceso muy novedoso y también muy radical e hiperbólico, a la manera argentina. Con el correr del tiempo, tomamos conciencia de que las grandes crisis abren un portal, un nuevo umbral cuya apertura es también transitoria, porque toda gran crisis se caracteriza siempre por demandas ambivalentes, tanto de transformación y de cambio como de retorno a la normalidad.

En mi caso personal, era la primera vez que yo vivía una situación de crisis de esas características y ese proceso de apertura y vinculación interclase. Todo eso me interpeló. ¿Por qué? Yo venía despidiéndome de la sociología. En octubre de 2001 había publicado un libro titulado *Los que ganaron*<sup>1</sup>, que analizaba el proceso de segregación espacial, algo nuevo para Argentina y muy ligado a la dinámica neoliberal, donde colocaba el acento en la separación y la desconexión, en el interior mismo de las clases medias. Yo había formado un equipo con jóvenes investigadoras de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), con el cual habíamos hecho más de 100 entrevistas en diferentes urbanizaciones privadas, sobre todo en el Gran Buenos Aires. Y ese trabajo, que fue una inmersión muy profunda en el mundo de las clases medias y altas, individualistas e insolidarias, terminó de convencerme de que ya no me interesaba la sociología. También había terminado una novela, mi primera novela, *Los reinos perdidos*<sup>2</sup>. Entonces, en octubre de 2001 había decidido que no quería dedicarme a hacer «sociología de la descomposición social», como dijera en la presentación de un libro mío el historiador y sociólogo Juan Carlos Torre. Cuando en diciembre de 2001 la gente salió a la calle, yo también salí, y la verdad es que esa movilización y las que vinieron me hicieron cambiar de opinión, pero también cambiar de tema. Si bien yo había dado

clases y seminarios sobre acción colectiva, pocas veces había tenido la oportunidad de utilizar esas herramientas analíticas y ahora sucedía por primera vez que me sentía absolutamente interpelada por lo que estaba ocurriendo en Buenos Aires con las asambleas barriales y luego con las manifestaciones callejeras. A principios de 2002 tomé la decisión de cambiar de tema y también de posiciones. Hablé con Sebastián Peyreya y le propuse recorrer el país para armar un mapa nacional de las organizaciones de desocupados o piqueteros, que en ese momento tenían una gran centralidad política.

*Alguna vez escribió que esa nueva realidad puso en tensión el propio quehacer académico, al menos en las ciencias sociales.*

Claro, en el interior de las ciencias sociales en Argentina se instaló un gran debate. Veníamos de un periodo de profesionalización muy fuerte, en el cual el involucramiento con la realidad social, con los actores sociales, era mal visto. 2001 abrió varias preguntas: ¿qué hacer?, ¿cómo involucrarse?, ¿es posible tomar distancia o no?, ¿hasta dónde involucrarse?, ¿qué validez conservaba el modelo de intelectual orgánico? A mí, el modelo de intelectual militante me parecía insuficiente, y comencé a pensar en una suerte de modelo más anfibio que, sin despegarse del trabajo universitario, tratara de conectarse y vincularse con esa otra realidad. Un modelo

1. *Los que ganaron. La vida en los countryes y los barrios privados*, Biblos, Buenos Aires, 2001 (reedición en 2009).

2. *Sudamericana*, Buenos Aires, 2005.

anfibio, que sobre todo responde a dos claves fundamentales. Por un lado, plantea salir de la endogamia propia de los expertos y el mundo de las universidades y abrirse a otras reflexividades sociales. Y, por otro lado, plantea no caer tampoco en el mero discurso producido por los actores sociales, como proponían tantos militantes. Había que apuntar a ese equilibrio tensional del que habla Norbert Elias; ese era de alguna manera el desafío. Así que, bueno, en lo personal, 2001 me marcó por esta razón, porque yo fui parte de las movilizaciones y traté de ir construyendo un modelo de intelectual anfibio que buscaba navegar o transitar esas diferentes realidades. El libro que escribimos sobre los piqueteros<sup>3</sup> fue para mí un punto de inflexión. Y de hecho presentamos ese libro en 2004 con la mayor parte de los dirigentes piqueteros sentados a la mesa, en el Centro Cultural Rojas, con una gran cantidad de público.

Tampoco olvidemos que en la época asistimos a la emergencia de una nueva figura militante. 2001 dio lugar a un nuevo *ethos* militante que ha caracterizado hasta ahora a Argentina, muy conectado con el *ethos* de los movimientos alterglobalización y, posteriormente, con los movimientos socioambientales. Este se caracteriza por la territorialidad, por el activismo asambleario, por la demanda de horizontalidad y de democratización, por la defensa de niveles de autonomía muy grandes. Ese era el modelo novedoso que se forjó al calor de las luchas en 2001. Ese *ethos* militante,

insisto, se ha ido transformando y matizando en sus dimensiones hiperbólicas, pero sigue presente en las luchas sociales latinoamericanas, en conexión con otros horizontes de movilización. Pero, volviendo al proceso político, hacia el final de 2002 ya podía percibirse un proceso de reflujo y de clausura cognitiva. Podía verse que efectivamente la capacidad de esas movilizaciones que reclamaban la refundación de la sociedad era más bien destituyente, que las propuestas se licuaban en términos de acción política institucional, que el peronismo se estaba reconfigurando velozmente y que una parte de la sociedad estaba cansada de las movilizaciones callejeras y comenzaba a demonizar a los actores movilizadores. Asistimos entonces a un proceso de clausura y reconfiguración, en la medida en que el peronismo, bajo la forma del kirchnerismo, supo retomar ciertos temas que emergieron de la movilización social (antineoliberalismo, derechos humanos, crítica a la Justicia) generando una nueva institucionalización, un cierre por arriba.

Al mismo tiempo, empecé mi periplo latinoamericano. Recuerdo que en octubre de 2003 varios canales de televisión de Argentina, entre ellos Crónica, pasaron en directo las movilizaciones de El Alto y la caída de [Gonzalo] Sánchez de Lozada, y que con mi amiga ya fallecida, la socióloga Norma Giarracca, no nos podíamos despegar del televisor y comentar por teléfono todo lo que estaba pasando en Bolivia,

---

3. M. Svampa y S. Pereyra: *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003.

en el marco de la llamada Guerra del Gas. Entonces, a fines de ese año, viajé a La Paz por primera vez y me puse en contacto con los miembros del Grupo Comuna, y construí con algunos de ellos un vínculo de amistad y colaboración de largo plazo; también conocí a Felipe Quispe, entre otros líderes sociales, y sobre todo, comencé a viajar a menudo a ese país, siguiendo el proceso político-social con gran expectativa. Era fines de 2003, un momento en el cual se abría una nueva experiencia política que muy rápidamente iba a desembocar en el ascenso a la Presidencia de Evo Morales, a fines de 2005. Y la gran diferencia que presentaba el caso boliviano respecto del argentino es que de toda esa gran movilización y conglomerado de organizaciones sociales surgiría una propuesta común: la nacionalización de los recursos naturales y la Asamblea Constituyente. Entonces ahí se abrió una nueva puerta para mí, la del fascinante mundo andino, que de alguna manera iluminaba la posibilidad de un destino político diferente para las movilizaciones sociales. Después vendrían Ecuador, Venezuela y otros países de la región, pero en el comienzo del periplo latinoamericano, fue Bolivia, sobre todo La Paz, la gran ciudad plebeya, y El Alto, una ciudad con gran peso del mundo aymara.

*¿Podría desarrollar más la idea del intelectual anfibio?*

Si lo miramos en términos históricos, América Latina se ha caracterizado por un modelo de intelectual público que

interviene activamente en los debates de sociedad y que además piensa en clave latinoamericana. Es un modelo en el cual las fronteras entre lo político y lo intelectual son porosas. Y de hecho, en términos históricos, los referentes de la economía política y la sociología política, de varias de las corrientes más importantes del pensamiento social latinoamericano, como el estructuralismo de la Cepal [Comisión Económica para América Latina y el Caribe] y el dependantismo, fueron intelectuales políticos muy activos en la vida pública. Sin embargo, sabemos que durante los años 70 la derrota política implicó la caída de muchos paradigmas y eso hizo que se cuestionara no solo la tradición marxista, sino también el modelo «ideológico» —entre comillas— de intelectual, y que entre 1980 y 2000 asistiéramos a la consolidación de un modelo de intelectual mucho más profesionalizado. El modelo del experto, en palabras de Zygmunt Bauman. Siempre afirmo que ese modelo tenía a la vez elementos positivos y elementos negativos. Positivos, porque creo que en términos de consolidación de distintos campos disciplinarios hizo aportes considerables. En el caso argentino, pienso en la historia como disciplina, que fue quizá la más atravesada por las disputas ideológicas. Imagino que en diferentes países eso también ocurrió. Pero al mismo tiempo hubo un rechazo casi mecánico a todo aquello que era identificado con la tradición marxista y el modelo del intelectual orgánico/militante. Además de eso, podríamos decir, siguiendo a Bauman, que el modelo del

intelectual intérprete también se había impuesto en la academia. Este respondía a un modelo más etnográfico, ligado a la labor de académicos que desde abajo buscaban dar visibilidad a los actores, sin sobreponer demasiado su voz, renunciando a la mirada más macrosocial. Yo edité en esa línea el libro *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*<sup>4</sup>, un libro que tuvo bastante éxito y que reunía estudios de la entonces joven generación de antropólogos y sociólogos argentinos. Y la verdad es que, hacia 2002, esos modelos a mí me parecían insuficientes. De hecho, pienso que no fue tanto un cuestionamiento teórico el que hizo estallar esos modelos de intelectuales académicos, sino que fue la realidad la que puso en cuestión todo eso, porque aquello que emerge en 2001 exige visiones más integrales, en términos macro y no solo microsociales.

Para tratar de dar en la tecla, solía jugar con el título del libro Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento*<sup>5</sup>, en relación con la apuesta por ese equilibrio tensional entre, por un lado, el compromiso honesto con una realidad que está lejos de ser externa (al contrario, esta nos envuelve, nos atraviesa y constituye fuertemente) y, por otro lado, el obligado distanciamiento crítico que requiere cualquier investigación en las ciencias sociales. Pero sobre todo en la época había mucho cansancio con cierta postura academicista, desvinculada de la realidad social; que rechazaba la

posibilidad de intervenir y posicionarse en la esfera pública, en nombre de una supuesta neutralidad científica. Y 2001 hizo estallar todo, todo ese quietismo, y llevó a los académicos a posicionarse, sobre todo a aquellos que estudiábamos las movilizaciones sociales y que nos veíamos interpelados por ellas. Lo curioso es que en mi caso tuve debates con gente que defendió la postura del academicismo al extremo pero también con los ultramilitantes, porque consideraban que no se podía llegar a un equilibrio. El equilibrio en tensión es siempre un vaivén inestable, un espacio de geometría variable, lo importante es incorporar la reflexividad de distintos ámbitos, dialogar con diferentes actores y poder enriquecer la visión y la práctica que uno pueda tener. Tanto es así que en 2007 di una conferencia en la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México] en el marco de la ALAS [Asociación Latinoamericana de Sociología] –en un momento muy fugaz en que dirigí el Observatorio Social de América Latina, de Clacso [Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales]– y ahí propuse el modelo de intelectual anfibio. Recuerdo el auditorio lleno de estudiantes que se sintieron interpelados y que me llenaron de preguntas e intervenciones sobre el tema. ¡Todo un contraste con lo que sucedía en el ámbito de los profesores! Con Norma Giarracca y Julián Rebón habíamos estado penando para hacer firmar a algunos profesores una

---

4. Biblos, Buenos Aires, 2000.

5. *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Edicions 62, Barcelona, 1990.

declaración crítica sobre la represión que se había desatado en Oaxaca... Hoy en día conviven una pluralidad de modelos de intelectuales-académicos, pero durante 20 años, durante la época en que estudié en Francia y escribí mis primeros libros en Argentina, no era así. Entonces, este posicionamiento anfibio y el periplo latinoamericano después me dieron una suerte de respiro, abrieron un espacio de libertad y de creación colectiva, que hizo que, si bien mi posición cambió enormemente con respecto al mundo académico, tampoco sintiera que tenía que cortar lazos con él.

*Decía que el intelectual anfibio se diferencia también del intelectual militante, ¿podría ampliar?*

Desde mi punto de vista, yo veía que quienes se decían intelectuales militantes también se instalaban en una zona de confort, creyendo que eran la única voz válida de los actores sociales, como si la producción de saber fuera solamente una cuestión de traducción de lo que dicen los actores subalternos movilizados. Como intelectual anfibio, el gran desafío es, desde mi punto de vista, superar esa visión del traductor, apuntar a un diálogo de saberes, sin desconectarse ni del mundo militante ni tampoco del mundo académico, tratando de instalar nuevas agendas en lo público. Es decir, seguir formando parte del mundo académico y también del activismo, pero no para reproducir simplemente lo que

dicen los actores. En realidad, esa mirada que podemos brindar de los procesos a veces puede entrar en tensión y conflicto con la visión exclusivamente militante. Me sucedió muchas veces, al calor del declive y de la criminalización de los movimientos piqueteros en Argentina.

*En los años 2000 también volvió de algún modo a un tema que había sido su tema de tesis en Francia<sup>6</sup>, el de los populismos latinoamericanos o populismos de izquierda, pero ahora ya no los populismos clásicos sino los del siglo XXI.*

Ahí destacaría dos grandes temáticas interconectadas. Por un lado, hacia 2007 comencé a seguir los movimientos socioambientales con mucho interés, y por otro lado había una necesidad de caracterizar el ciclo progresista que se abría en la región. Ese nuevo ciclo político lograría consolidar una hegemonía nacional-estatal. En realidad, los gobiernos progresistas despertaron en sus comienzos grandes expectativas políticas y fueron asociados a una nueva izquierda, pero a medida que atravesamos el ciclo progresista y se consolida una hegemonía nacional-estatal, de la mano de procesos de fuerte concentración de poder, resultaría claro que estábamos ante modelos de dominación tradicional muy ligados a los populismos latinoamericanos. Populismos de nuevo tipo, populismos en plural y del siglo XXI con sus diferentes

---

6. *Dilema argentino: civilización o barbarie* [1994], Taurus, Buenos Aires, 2006.

características. Soy consciente de que el concepto «populismo» es muy controversial y algunos piensan que hay que abandonarlo. Pero por otro lado, siempre pensé que es un concepto en disputa y que resulta muy iluminador volver a los análisis desarrollados en los años 50, 60 y 70 por muchos intelectuales de izquierda latinoamericanos que fueron críticos con procesos populistas en sus países. Y ahí me parecía que había conceptualizaciones muy, muy interesantes, que provenían de intelectuales brasileños como Francisco Weffort y Octavio Ianni, o de intelectuales argentinos, como Juan Carlos Torre, lecturas que trataban de dar cuenta de la complejidad y ambivalencia de los populismos. De hecho, hay un artículo súper interesante, de Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, que yo siempre cito<sup>7</sup>. Es un artículo brillante. La primera vez que lo leí, no comprendí su alcance y no lo comprendí porque no tenía realidad vivida con la cual contrastarlo. Podía entenderlo teóricamente, pero no comprenderlo en su alcance fáctico. Fue recién cuando tuve enfrente de mí los populismos latinoamericanos realmente existentes cuando me planteé también la pregunta acerca de la hegemonía. ¿Qué tipo de hegemonía están construyendo estos regímenes tan ambivalentes que articulan y reúnen elementos democráticos y elementos autoritarios? Lo había entrevistado con el

peronismo, entre comillas, casi como historiadora, cuando hicimos una relectura del peronismo en el libro *La plaza vacía*<sup>8</sup>, en la década de 1990. Así que en 2010 retomé la lectura que hicieron los grandes intelectuales latinoamericanos en los años 70 y 80. Y volver a ellos para interpretar lo que sucedía en el siglo XXI con los regímenes progresistas me resultó muy productivo. Sobre todo, por el hecho de mostrar la complejidad y la ambivalencia de los populismos latinoamericanos, la diferencia con los populismos de derecha que hay en Europa, pero al mismo tiempo por mostrar a través de la complejidad cuáles son sus límites. Por eso volví a la lectura de los progresismos como populismos, en un momento en el cual la lectura dominante era la de Ernesto Laclau, que le había dado carta de nobleza a los populismos y se había propuesto identificar el populismo con la democracia, diluyendo de alguna manera o minimizando los elementos más negativos a través de la idea de las lógicas de la equivalencia. Eso era muy complicado, y sobre todo lo que era muy complicado de ver es que todo populismo genera un campo de polarización. Una dicotomía del campo político que simplifica las divisiones, entrampándonos en una polarización. En Venezuela este dispositivo polarizador se había activado muy tempranamente, en el año 2002, con el intento de golpe de Estado

---

7. «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes» en *Nueva Sociedad* N° 54, 5-6/1981, disponible en <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.

8. M. Svampa y Danilo Martuccelli: *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires, 1997.

contra [Hugo] Chávez; en Argentina se activó en 2008, cuando Cristina Fernández de Kirchner, en sus primeros meses de gobierno, implementa la suba de las retenciones a la exportación de soja. Si analizamos los progresismos latinoamericanos realmente existentes, lo que aparecía es que en todos los casos había un momento de articulación de ese campo de oposición, algo que para Laclau ampliaba sus posibilidades políticas y que, en mi perspectiva, lo que hace es más bien estrecharlas; es cierto que fija identidades, pero no solo en el campo oficialista/populista sino también en el opositor.

Es un momento también fundacional o de articulación de las derechas, con un discurso altamente confrontativo que además apunta a monopolizar o apropiarse del concepto de democracia, que a su vez los populismos buscaron también resignificar. Es muy problemático, pero al mismo tiempo inevitable. Y la historia de todos los populismos muestra que, en algún momento, tarde o temprano, se articula este campo de polarización que deviene tóxico. Y de hecho, estructura nuevos campos de acción hasta el día de hoy. No hemos salido de esa polarización tóxica, navegamos por sus dinámicas recursivas, en medio de grandes cambios globales. No es que sean siempre las mismas. Pero las dinámicas recursivas van generando nuevos umbrales de normalidad, nuevas limitaciones políticas. Pero bueno, a mí me sigue pareciendo un tema muy

interesante el de los populismos realmente existentes, aunque en lo personal y políticamente es agotador... A lo largo del ciclo progresista, a mucha gente que se identifica con el campo popular no le simpatizaba que usara el término «populismo», porque veía detrás de esa caracterización una descalificación. La derecha y gran parte del periodismo creían que hablábamos de lo mismo, pero mi concepción está lejos de esas visiones simplistas y estigmatizantes. Yo siempre digo que la mía es una propuesta crítica y comprensiva que busca abarcar los populismos en su complejidad y expresiones nacionales, sin demonizarlos, y al mismo tiempo, sin idealizarlos identificándolos únicamente con la democracia. Dentro de las izquierdas, los progresismos latinoamericanos producían un sentimiento encontrado, a raíz de la distancia entre relato y realidad. Hay una frase de un sindicalista argentino que yo cito en uno de mis libros, en *Del cambio de época al fin de ciclo*, que irónicamente decía: «Todos queríamos vivir en el país del otro»<sup>9</sup>.

*Y el populismo piensa al pueblo como una entidad transparente y homogénea...*

Sí, una idea favorecida por el propio papel del líder (o el «significante vacío», en palabras de Laclau). Pero los populismos han dejado de tener el monopolio de lo popular (si es que en algún momento lo tuvieron). Algo que a partir de los años 70 se ve con claridad es

---

9. *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*, Edhasa, Buenos Aires, 2017.

la heterogeneidad de los actores. A fin de cuentas, los populismos suelen tener bastante éxito en esta captura de lo popular y sus intentos de monopolizarlo.

*Mencionaba que junto con la línea del populismo estaba la del ambientalismo. ¿Cómo fue su tránsito? ¿Qué elementos pusieron esa temática en su radar intelectual?*

Fue algo multicausal, aunque hubo un evento clave. Por un lado, yo sentí que mi acompañamiento y mi lectura del movimiento piquetero estaba agotada. En 2005 publiqué *La sociedad excluyente*<sup>10</sup>, que de alguna manera sintetiza también mi recorrido académico y mi propuesta de leer las transformaciones políticas de Argentina en los años 90 y 2000. Y siento que ahí cerré una etapa: la de mi lectura sobre Argentina y la de los procesos ligados a las organizaciones piqueteras. Se abrió otro periodo y también la escala más latinoamericana. Fue así como en 2006 presenté un proyecto de investigación sobre las demandas ambientales. Porque de manera asistémica percibía que había un aumento de las demandas socioambientales en América Latina. En mi breve pasaje por Clacso, encargué un trabajo a distintos grupos nacionales para que indagaran si efectivamente había habido un incremento de las demandas o luchas socioambientales. Y después ocurrió meses más tarde que, estando yo en Bariloche de vacaciones, a inicios de 2007, un amigo, Pablo Bergel, uno de los pioneros del ecologismo en Argentina, me

insistió para que me acercara a Lago Puelo, a 130 kilómetros de distancia, un lugar maravilloso en la Comarca Andina, y asistiera a una reunión de las diferentes asambleas socioambientales de la Patagonia. Yo estaba recluida escribiendo. Pero bueno, insistió tanto que finalmente decidí ir y cuando llegué a Lago Puelo y participé de esa asamblea, sentí que no salía más de ahí, y así como habían sido un camino de ida para mí el 19 y 20 de diciembre de 2001, también lo era haber sido espectadora de esa asamblea en la cual me sorprendió la gran cantidad de demandas que convergían en lo socioambiental, desde las demandas de los pueblos originarios por territorio, la denuncia del acaparamiento de tierras, la lucha contra la megaminería, las luchas contra las megarrepresas, a las cuales se sumarían después las luchas contra el *fracking* y los monocultivos, etc. En ese caso, en el contexto de la Patagonia, había una multiplicidad y heterogeneidad de demandas. Y recuerdo que salí de ahí comprometiéndome con la gente de la Asamblea de Esquel a organizar un evento en Buenos Aires una semana más tarde, ya que algunos de ellos, que estaban criminalizados en ese momento, tenían que ir a declarar. De ahí en más, me lancé de manera sistemática a estudiar y acompañar esas luchas socioambientales, que inclusive implicaron para mí también una resignificación del rol del intelectual, una vuelta de tuerca a lo que era el intelectual anfibia.

---

10. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires, 2005.

Recuerdo que en 2002 íbamos a las asambleas de la Corriente Clasista y Combativa, una de las más grandes expresiones del movimiento piquetero del conurbano bonaerense, en el corazón de La Matanza. Íbamos con dos o tres jóvenes investigadoras y apenas me bajaba del auto, yo les decía: «Recuerden, nosotras no somos piqueteras. Nuestro lugar es otro». En las luchas socioambientales, era difícil decir eso; era difícil porque son luchas más transversales y policlasistas, con una composición social más heterogénea. No estaba frente a un actor claramente tipificado, no desde el punto de vista social. Acá estaba ante un conglomerado de actores sociales, desde un ama de casa, una maestra, una trabajadora social, un representante de pueblos indígenas. Por otro lado, realmente esa heterogeneidad interpelaba de manera diferente el rol de intelectual anfibio. Y de hecho, mi inmersión en las luchas socioambientales se hizo entonces desde un lugar mucho más activo, de acompañamiento y de interpelación, siempre, digamos, tratando de aportar algo más de lo que dicen los actores, estableciendo mapas y conexiones de las luchas socioambientales, contribuyendo al diálogo de saberes, dando visibilidad a las luchas, analizando las narrativas emergentes. Arranqué con las luchas contra la megaminería en Argentina, a lo cual le siguió la frontera petrolera, el modelo sojero, los corredores de exportación que iban diseñando nuevas hidroviías y megarrepresas a través de grandes obras de infraestructura, el creciente acaparamiento de tierras y el urbanismo neoliberal a través de nuevos

emprendimientos inmobiliarios. Todas eran problemáticas que cuestionaban los modelos de desarrollo vigentes, trascendían las fronteras nacionales y reconfiguraban la cartografía social del conflicto a una escala decididamente regional y global. Pero esta crítica a los modelos de desarrollo –ya lo planteábamos así en 2007– también me interpeló desde otro lugar. Fue el disparador que me obligó a salir de la mirada más centrada en el conurbano bonaerense. Todo ello hizo que cambiara el modo y el lugar desde donde mirar la realidad argentina, desplazándome del centro a la periferia. Fue un reencuentro con las provincias, y con la apuesta colectiva, algo que no me había ocurrido del todo con el abordaje de las organizaciones piqueteras, a través del encuentro con otros investigadores que estaban en la misma situación que yo y con los cuales nos embarcamos en el análisis de esa realidad, en la construcción de saber contraexperto y en la necesidad de dar visibilidad académica y pública a esos nuevos conflictos. Y encontré que era mucho más rico ese trabajo colectivo que hacíamos con investigadores de Córdoba, Catamarca, Mendoza, no solo la gente que estaba en Buenos Aires. Eso fue muy rico, fue volver a encontrar al país a través de las provincias, salir de esa mirada porteñocéntrica que tienen muchos académicos argentinos.

*También fue una vuelta a su origen patagónico, ¿cómo lo vivió?*

El análisis de las luchas ambientales y la crítica a los modelos de desarrollo

descentraron mis estudios, que ya no pasaban por Buenos Aires y por el conurbano bonaerense y podían pasar por el norte neuquino, Catamarca, Intag (en Ecuador) o Tolima (en Colombia). En todo caso, era una geografía latinoamericana itinerante, de pequeñas y medianas localidades en las cuales se habían constituido colectivos campesinos, pueblos originarios, colectivos ciudadanos policlasistas, que cuestionaban alguna forma de extractivismo, a través de la defensa de sus territorios. Y sí, volviendo a la pregunta, la Patagonia entraba con claridad ahí; y de hecho había sido el gran disparador. Pero la Patagonia no era para mí un foco de estudio. En realidad, siempre traté de que no lo fuera de manera directa. Yo escribí tres novelas que tienen como territorio la Patagonia<sup>11</sup>. Entonces, para mí la Patagonia era mi territorio literario, no el territorio de las luchas ambientales o sociales. Esto cambió en 2011, cuando me involucré personalmente en la lucha contra la expansión del *fracking*, no solo en Vaca Muerta, sino también en mi propio lugar de origen, en Allen, Río Negro, donde el *fracking* actualmente está desplazando la producción de peras y manzanas. Escribí un libro en clave personal, yendo de la experiencia familiar al análisis de la expansión de la frontera petrolera y la crisis socioecológica en tiempos del Antropoceno. Ese ha sido

mi libro más personal, un libro que se instala entre el ensayo y la literatura<sup>12</sup>. En todo caso, a partir de 2007, las luchas socioambientales me llevaron, por un lado, a recorrer las provincias, algo maravilloso, y por otro lado, a conocer desde otro lugar también América Latina, más allá de las grandes ciudades. En 2009, publicamos con Mirta Antonelli y colegas como Horacio Machado y Norma Giarraca *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*<sup>13</sup>, que fue el primer libro que sistematizó la cuestión de la resistencia a la minería en Argentina. En ese momento, hablábamos de modelo extractivo exportador, pero luego se impuso la categoría de «neoextractivismo», que resultó ser más productiva e interpeladora. En 2010 armamos una alianza muy duradera con Enrique Viale, que viene de otro palo, es abogado ambientalista. Empezamos con la lucha parlamentaria por lograr la Ley Nacional de Glaciares y seguimos hasta ahora recorriendo territorios, interviniendo en los debates públicamente, promoviendo leyes ambientales y escribiendo libros. También a partir de 2011 empecé a formar parte de un espacio muy interesante a escala latinoamericana para debatir sobre la expansión del neoextractivismo, las nuevas luchas socioambientales o lo que yo llamo el «giro ecoterritorial», y los horizontes alternativos, en el Grupo

11. Además de *Los reinos perdidos*, cit., *Dónde están enterrados nuestros muertos* (2012) y *El muro* (2013), ambas editadas por Edhasa, Buenos Aires.

12. *Chacra 51. Regreso a la Patagonia en los tiempos del fracking*, Sudamericana, Buenos Aires, 2018.

13. Biblos, Buenos Aires, 2009.

de Trabajo Permanente en Alternativas al Desarrollo, impulsado por la Fundación Rosa Luxemburgo de la región andina. Fue el lugar donde comenzamos a discutir los límites de los procesos progresistas latinoamericanos, con énfasis en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Un espacio maravilloso, que todavía sigue siendo para mí muy enriquecedor, junto con intelectuales como Edgardo Lander, Alberto Acosta, Esperanza Martínez, Miriam Lang, entre muchos otros, a los cuales se ha agregado gente joven, investigadores jóvenes como Breno Bringel, Emiliano Terán y muchos otros. Entonces este fue y sigue siendo un espacio privilegiado para reflexionar sobre América Latina. Creo, y lo digo sin ser rimbombante, que somos quienes han puesto en la agenda regional el tema del extractivismo y la discusión sobre los modelos de desarrollo, cuestionando los límites y las derivas de los gobiernos progresistas. Entre 2015 y 2018, lanzamos varias declaraciones, suscriptas por numerosos intelectuales de izquierda del continente, cuestionando el gobierno de [Nicolás] Maduro en Venezuela y el régimen nicaragüense de [Daniel] Ortega-[Rosario] Murillo. Todo eso nos trajo mucho enfrentamiento con intelectuales que siguen una línea de solidaridad automática para con los gobiernos progresistas. El Grupo Permanente ha sido para mí una referencia en la construcción de una posición de izquierda crítica, asociada al respeto de los derechos humanos, la democracia y, más que nunca, a las luchas ecoterritoriales, indígenas/campesinas y feministas.

*Hablemos de la articulación entre la cuestión ambiental y el feminismo. ¿Cómo llegó a eso? ¿Fue algo que surgió de manera evidente de esas luchas o de elaboraciones más teóricas?*

Es una buena pregunta, creo que surgió de la necesidad de explicar el protagonismo de las mujeres al calor de las luchas sociales. Lo había visto en las mujeres piqueteras, con quienes tuve diálogos extraordinarios; mujeres humildes, para quienes la autolimitación es un rasgo de clase, no solo de género, que apenas se atrevían a hablar en público y que al calor de las luchas fueron encontrando una voz propia. Y esa apertura había significado conflictos enormes en el interior de su familia, con sus compañeros. Así que entré por el lado de los feminismos populares, el de los márgenes. Y cuando empecé a avanzar en la agenda ambiental, la cuestión de los protagonismos femeninos fue tomando cada vez más fuerza. Veía ese vaivén que va de lo público a lo privado, que permite descubrir los vínculos patriarcales en el espacio de lo privado para después volver a lo público con una voz propia, una voz que se reconoce no solo en la lucha socioambiental sino también en la lucha feminista, aunque al principio haya mirado con desconfianza al feminismo. En ese vaivén que nunca se termina, las mujeres rompen con la autolimitación de género y de clase y generan una voz propia. Lo vi en las mujeres de Famatina, en las líderes mapuches, en las mujeres chilenas que denuncian las zonas de sacrificio, en las Madres del Barrio Ituzaingó que

denuncian los agrotóxicos, en las mujeres campesinas-indígenas de Bolivia que defienden la agroecología, en las mujeres colombianas que luchan contra la expansión de la frontera petrolera o en las mujeres brasileñas que en la isla de Maré denuncian la contaminación petrolera. Por otro lado, en las luchas ecoterritoriales me encontré con un feminismo que colocaba otros temas en la agenda: la defensa del agua y la vida, el cuerpo, el territorio, la demanda de tierra y de soberanía alimentaria, la relación con la naturaleza, la preocupación por el cuidado y la sostenibilidad de la vida. Todo lo cual me llevó indefectiblemente a reflexionar sobre el ecofeminismo y sus diferentes variantes, o lo que llamo los «feminismos ecoterritoriales» latinoamericanos. Yendo más al fondo, percibía que en América Latina las grandes luchas antineoliberales que abrieron el ciclo progresista se caracterizaron por un gran protagonismo de los pueblos originarios, que generaron esa potente narrativa emancipatoria en torno del buen vivir, de los derechos de la naturaleza, bienes comunes, autonomía, plurinacionalidad. Quince años más tarde, hacia el final del ciclo progresista, más allá de la suerte política que tuvieron algunas de esas categorías, vemos emerger una nueva narrativa emancipatoria asociada a los feminismos ecoterritoriales. Categorías como la sostenibilidad de la vida, la importancia de la interdependencia y el cuidado recrean el vínculo sociedad-naturaleza, humano-no humano. Encontramos una nueva epistemología feminista, un ecofeminismo que es

diferente del ecofeminismo constructivista que podemos encontrar por ejemplo en España, donde tiene teóricas potentes como Yayo Herrero, Alicia Puleo y Marta Pascual. El ecofeminismo territorial latinoamericano es praxis, una praxis que va configurando una epistemología de los afectos y las emociones, en el contacto espiritual y material con otros seres sintientes, no humanos, en contacto con el agua, los cerros y montañas, las semillas y las plantas. Esta interconexión y espiritualidad es la que aparece reflejada en la breve y concisa frase de la gran activista hondureña asesinada hace unos años, Berta Cáceres, cuando le preguntaron por qué creía que la lucha contra la megarre presa iba a triunfar, y ella respondió: «Me lo dijo el río». En esa narrativa aparecen la espiritualidad y la interdependencia. Es algo que hemos comenzado a comprender, sobre todo al calor de los impactos del covid-19, algo elemental: pensarnos desde la interdependencia no solo entre seres humanos, sino entre lo humano y lo no humano.

Esa narrativa ecofeminista también nos abre otras puertas, en términos de pensamiento y de identificación, volviendo al plano de las categorías intermedias contrahegemónicas que se han gestado en América Latina. Gran parte de ellas reconoce un origen en los pueblos originarios, ¿y qué pasa con quienes no somos indígenas? Para mí, esta nueva epistemología feminista abre las puertas a repensar en estos tiempos de Antropoceno la relación sociedad-naturaleza, humano-no humano desde otro lugar, que es el lugar de la

sostenibilidad de la vida; abre la posibilidad de generar un discurso emancipatorio diferente que guarda fuertes afinidades con el de los pueblos originarios.

*En su libro más reciente<sup>14</sup> habla del colapso. Por un lado, es un término muy poderoso que pone sobre la mesa los riesgos que penden sobre el planeta; pero por otro, ¿no puede resultar funcional a la actual cancelación de la idea de futuro y el auge de las distopías?*

En primer lugar, si bien el libro que escribimos con Enrique Viale se titula *El colapso ecológico ya llegó*, la nuestra es una apuesta por la resiliencia, es una apuesta por otros horizontes societales, por la transición ecosocial justa, por la necesidad de discutir también qué es transición. En segundo lugar, dicho esto, lo que hay que reconocer es que estamos en colapso. No necesitamos esperar que el permafrost se derrita y libere el gas metano que está enterrado hace siglos. No tenemos más que ver la cara visible de ese colapso expresado en los eventos extremos, las sequías, los grandes incendios forestales. Por ejemplo, recientemente en Argentina los incendios arrasaron con 40% de los Esteros del Iberá, que está entre los diez humedales más grandes del planeta. Pero no hay que confundir colapso con distopía. En ese sentido, tenemos que reconocer la realidad del colapso. Tenemos que reconocer también la variabilidad y la complejidad de ese colapso. El

colapso no implica el hundimiento de una sociedad de un día para otro. Implica que se dan cambios en un sentido negativo, en una sociedad que va hacia el caos, que va hacia la descomposición social y el descalabro de los ecosistemas. Hay mucha reflexión sobre todo en España y Francia, existe una teoría de la colapsología.

Hablando con gente de Europa del Este, ellos dicen «Nosotros conocimos el colapso», evocando la caída de la Unión Soviética; Argentina conoció en 2001 el colapso; Venezuela conoció el colapso. De hecho, recuerdo haber estado en Venezuela a fines de 2017, cuando en el aeropuerto casi no había vuelos, como anticipando la pandemia, en medio de la hiperinflación y el desabastecimiento. Pero esto es más sistémico. Más allá de la crisis climática, de la frecuencia y aceleración de los eventos extremos, de aquellos que se ven y los que no se ven, imaginemos el colapso ecológico que puede comenzar con una severa crisis energética, y el efecto en cascada que esto conllevaría. En esa línea, la crisis socioecológica es de tal gravedad que no podemos escapar a esta realidad del colapso: está sucediendo y tenemos que tomar decisiones ya. Tenemos que tomar una actitud proactiva y no seguir instalados en nuestra zona de confort diciendo que no se puede hacer nada o quedarnos paralizados esperando el fin del mundo. Entonces, una cosa es afirmar la realidad del colapso en sus diferentes niveles, algo que no es de un

14. M. Svampa y E. Viale: *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*, Siglo Veintiuno, 2020.

día para el otro, pero que es un tránsito que puede llevar mucho tiempo o poco según las coyunturas, y otra es afirmar la distopía, el «mal lugar», o «el peor de los mundos», como horizonte.

Es cierto que hay mucha gente y a veces muchos jóvenes que caen en la inacción porque consideran que no hay posibilidad de intervenir y modificar el presente para poder tener otro futuro. Pero también hay muchos jóvenes que se están movilizando, el llamado de Greta Thunberg los ha interpelado y han tomado la iniciativa para activar, no solo para dar una batalla en relación con una agenda de defensa de los bienes comunes, sino también para una agenda de transición ecosocial. Hay que luchar contra el lenguaje y el discurso distópico que insisten en que está todo perdido. Ahí vuelvo a la metáfora de la liberación cognitiva. Necesitamos salir de la zona de confort en la cual las ciencias sociales y las ciencias humanas han estado instaladas en los últimos tiempos y recuperar la imaginación política. Mientras que el arte contemporáneo busca tematizar la crisis socioecológica dialogando con esas otras epistemologías, rompiendo barreras y mezclando lenguajes, mientras que desde las ciencias naturales tenemos científicos e investigadores involucrados en estudios del cambio climático que están muy preocupados y que alientan la necesidad de reformas estructurales, una parte importante de las ciencias sociales y humanas siguen empantanadas en una gran crisis. En ellas existe una izquierda entrampada en sus lealtades políticas o en miradas

irónicas sobre las posibilidades de otras salidas, una izquierda que es analfabeta desde el punto de vista ambiental o que padece de ceguera epistémica y que todavía piensa que habitamos un planeta infinito. Necesitamos más imaginación política y menos cobardía epistémica, volver a pensar en clave utópica para alentar la posibilidad de otra realidad, de otra sociedad posible.

*Para concluir, ¿hasta qué punto la pandemia funciona como una suerte de colapso, o lo más parecido que vimos en estos tiempos, y a escala global?*

Efectivamente, más allá de las diferencias en cada país, la pandemia mostró la limitación de la globalización neoliberal. Por un lado, la profundización de las desigualdades; por otro lado, aunque no aparece en los discursos de muchos, la relación entre pandemia y crisis socioecológica. El covid-19 es una enfermedad zoonótica y su expansión está ligada a la destrucción de ecosistemas silvestres. La crisis extraordinaria que abrió el covid-19 también nos alentó a colocarnos en otro lugar para mirar la realidad. Nos puso en una suerte de umbral y posibilitó una apertura, una apertura que siempre implica una desnaturalización de la situación y nos obliga a mirarla desde otro lugar. Entonces, la pandemia activó estas posibilidades de resignificar o de desnaturalizar la realidad y habilitó también la discusión de la transición ecosocial. Propuestas que antes parecían reservadas a los especialistas se instalaron en la agenda global. Hoy en día, la

transición ecosocial, pero sobre todo la transición energética, está ya en las agendas de muchos países. En la agenda de Joe Biden, en la agenda de la Unión Europea, y en América Latina, si bien no fueron nuestros gobiernos los que la han tomado, sí desde ciertos sectores sociales se ha buscado debatir y promover una agenda de transición ecosocial. Así, por ejemplo, desde un grupo de activistas, organizaciones e intelectuales venimos promoviendo el Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur<sup>15</sup>. Vemos en los países del Norte una agenda sobre la necesidad de la transición energética con sus idas y vueltas, materializada en el Green New Deal (Nuevo Pacto Verde). Y nos preguntamos entonces: ¿qué se considera energía limpia?, ¿la reforma alcanzará el modelo de consumo? Lamentablemente, América Latina sigue siendo hablada por los países del Norte porque no tiene una definición de transición energética propia. Con algunas excepciones, se prosigue con la idea de reactivar la economía con más extractivismo, profundizando la matriz fosilista para obtener divisas y supuestamente resolver los problemas económicos que se agudizaron al calor de la pandemia. Todo esto es parte del problema, no de la solución.

*¿Quedó algo en el tintero?*

Tres cuestiones telegráficas para el final. Una es que acabo de publicar con Pablo Bertinat y el equipo de investigadores que coordinamos ambos un

libro que lleva el título de *La transición energética en Argentina*. Es también el primer libro de la colección que comienzo a dirigir para la editorial Siglo Veintiuno, «Otros futuros posibles», en la cual habrá una serie de libros de divulgación y además una serie de libros académicos sobre la crisis socioecológica. Nos interesa socializar y acercar al público los conocimientos acerca de la crisis climática y ecológica en un lenguaje accesible, al tiempo que queremos poner en agenda la necesidad de debatir una hoja de ruta para una transición ecosocial justa.

Segundo, quiero volver sobre el Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur y decir que este nos abrió las puertas para debatir sobre la transición con otros colectivos del Norte, partidarios del Green New Deal, o partidarios del decrecimiento (España y Francia). Es una plataforma abierta y dinámica, que nos permite construir una idea de transición justa vista desde el Sur global, en momentos en que nuestros territorios enfrentan una nueva embestida del extractivismo, parte de la cual se hace en nombre de la transición energética: litio, cobre, minerales raros. Si no debatimos una agenda de transición justa, vamos camino a la aceptación sin más de una nueva fase de depredación que afectará muy particularmente a las poblaciones y territorios de América del Sur.

Y por último, quiero decir que estamos viviendo un periodo de gran tensión entre quienes siguen en su

---

15. Página web: <<https://pactoecosocialdelsur.com/>>.

apuesta por los modelos hegemónicos de desarrollo y buscan oponer lo social a lo ambiental, y quienes creemos que hay que cambiar las reglas de juego y el modo de pensar las relaciones economía/naturaleza, para apuntar a una articulación entre lo social y lo ambiental. Gran parte de esta disputa pasa por entender que no podemos pedirle más a la naturaleza, al ambiente, a los ecosistemas, en fin, a la crisis climática, que ya han sido impactados severamente por determinadas actividades económicas, que se adapten a la

economía. Es el sistema económico el que tiene que adaptarse a la crisis climática, si realmente queremos evitar un colapso mayor.

Es una verdad de perogrullo, pero esto implica un cambio de paradigma. Tenemos que repensar la economía para que esta se adapte a los límites naturales y ecológicos del planeta. Y no seguir pensando que es el planeta el que tiene que adaptarse a las llamadas «actividades productivas», que hoy están destruyendo los ecosistemas estratégicos y amenazan el tejido de la vida. ☒

## RELACIONES INTERNACIONALES

Julio-Diciembre de 2021

La Plata

Año 30, N° 61

**EDITORIAL:** **Norberto Consani.** **DIÁLOGOS:** **Niniek Kun Naryatie.** **ESTUDIOS:** Internalizando la flexibilidad en la regulación del cambio climático: un análisis del caso brasileño, **Christopher Kurt Kiessling.** Lo que necesita este país es más internacionalistas: el recurso a la serie animada *Los Simpsons* para la enseñanza del derecho internacional, **Leopoldo M. A. Godio, Luciano Pezzano.** Pierre Bourdieu, la estadística y el estudio de las relaciones internacionales, **Víctor Montoya.** Sobre chuteiras e coturnos: Fútbol como instrumento de soft power de regímenes autoritarios en Argentina, Brasil e Chile, **Ian Rebouças Batista y Laryssa Vidal Amazonas de Souza.** La relevancia de los enfoques de género en las Relaciones Internacionales y su aplicación al estudio de las mujeres en Medio Oriente, **Alejandra Gutiérrez Luna.** Narcoterrorismo e neoliberalismo: Condicionamientos e (Re)enquadramentos do conflito social colombiano, **Wanderley dos Reis Nascimento Júnior y Rafaela Cristina Silva de Souza.** La doble excepcionalidad antártica en tiempos de pandemia, **Cristian Lorenzo y Diego Navarro Drazich.** La importancia estratégica del Ártico en la geopolítica marítima, **Silvia Marina Rivas de Hernández.** Cooperación en la gobernanza sanitaria entre China y Argentina en el contexto de la covid-19 desde la perspectiva de la gobernanza multinivel, **Xiaoyu Ruan y Jingting Zhang.** Más allá del petróleo. En el umbral de la acumulación por desfosilización, **Martín Kazimierski y Melisa Argento.** **RESÚMENES DE TESIS:** La Unión Africana en la política exterior argentina (2003-2015), **Pablo Exequiel Virasoro.** **REFLEXIONES:** Comercio y cambio climático: regímenes en tensión, **Roberto Bouzas.** **HISTORIA:** La profecía cumplida. A 20 años de los atentados del 11-s, **Patricia Kreibohm.**

Director – Fundador: Dr. Norberto Consani

*Relaciones Internacionales es una publicación del Instituto de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata. Calle 48 e/ 6 y 7 – 5° Piso, 1900, La Plata, Argentina. Tel.: (54-221) 4230628. Página web: <www.iri.edu.ar>. Correo electrónico: <iri@iri.edu.ar>.*



**Sheila Fitzpatrick**

| ENTREVISTAS | 50 AÑOS

# Una vida entre los archivos soviéticos

*Entrevista a Sheila Fitzpatrick*

Mariano Schuster

Sheila Fitzpatrick (Melbourne, 1941) es una de las historiadoras más importantes e influyentes de la actualidad. Dedicada al estudio de la historia de la Rusia soviética desde hace más de 50 años, ha hecho grandes contribuciones a la comprensión de la vida del campesinado y de la población industrial durante el estalinismo, a la vez que ha abordado cuestiones asociadas a la clase y la movilidad social en la Unión Soviética.

Profesora de Historia en la Universidad de Sídney y profesora emérita de la Universidad de Chicago, Fitzpatrick se ha destacado por la puesta en

práctica de una «historia desde abajo» que permite ver aspectos decisivos y particulares de la vida cotidiana en la URSS. En contraste con el modelo propuesto por la «escuela del totalitarismo» —que tendía a analizar el mundo soviético «desde arriba», considerando que alcanzaba con conocer las decisiones del Estado, los líderes y el Partido—, Fitzpatrick centró sus estudios en las relaciones sociales de los ciudadanos y en las complejas interacciones de estos con las instancias gubernamentales, incluidos los resquicios en los que las órdenes estatales eran desafiadas de distintos modos.

---

**Mariano Schuster:** es periodista. Es editor de la plataforma digital de *Nueva Sociedad*. Fue jefe de redacción de las publicaciones socialistas argentinas *La Vanguardia* y *Nueva Revista Socialista*. Colabora con medios como *Letras Libres* y *Le Monde diplomatique*, entre otros. Es coautor de Mario Bunge y Carlos Gabetta (comps.): *¿Tiene porvenir el socialismo?* (Eudeba, Buenos Aires, 2013).

**Palabras claves:** historia desde abajo, Sheila Fitzpatrick, Rusia, Unión Soviética.

**Nota:** transcripción y adaptación del inglés de Mariano Grynspan; traducción de Mariano Schuster.

Reconocida internacionalmente por libros como *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*<sup>1</sup>, *La Revolución Rusa*<sup>2</sup>, *La vida cotidiana durante el estalinismo*<sup>3</sup> y *El equipo de Stalin*<sup>4</sup>, acaba de publicar *The Shortest History of the Soviet Union* [Brevisima historia de la Unión Soviética], que será publicado próximamente en español y portugués.

En esta entrevista, Fitzpatrick repasa su obra y su vida entre archivos soviéticos, comenta sus influencias y sus modos de hacer historia, y se adentra en algunos de los grandes debates contemporáneos que tienen como eje a la Rusia de Vladímir Putin.

*Su último libro, The Shortest History of the Soviet Union, fue publicado a 30 años de la caída de la Unión Soviética y en un contexto en el que Rusia y sus vecinos vuelven a estar en el centro de los debates sobre la política global. ¿Por qué es importante volver sobre la historia soviética?*

Si quisiera entender el presente, lo primero que abordaría como lectora de este libro serían, de hecho, los últimos capítulos. En ellos relato y analizo la ruptura y la caída de la URSS. Entender la desintegración de la URSS, así como las formas y las causas por las que se produjo ese proceso, resulta muy relevante para comprender el presente.

Desde mi punto de vista, la importancia de este libro es diferente, dado que yo, obviamente, no soy su lectora sino su autora. Me lo encargaron en 2020 y lo escribí en 2021. Y lo que me resultó realmente interesante fue el hecho de que, con el colapso de la URSS, esa historia tuvo un principio y un final. Normalmente, escribimos historia y no hay un final, se trata de un proceso continuo que se sostiene en el tiempo. Pero en esta historia contamos con un principio y un final que puede delimitarse con nitidez. Eso impone una perspectiva distinta a la de otros episodios históricos. Y ese es el interés para mí: dar un paso atrás y ver esa historia como algo finito y no como un proyecto en curso.

*Su padre, Brian Fitzpatrick, fue un destacado activista por los derechos civiles, además de un socialista democrático que, como usted misma ha dicho, gustaba de escandalizar a la burguesía. ¿Cuánto influyó en usted el contexto familiar a la hora de definir la historia soviética como su campo de estudio?*

Me influyó, aunque no siempre de forma directa. Yo identificaría dos cuestiones muy particulares. Una es que, siendo una adolescente, en la década de 1950, desarrollé el tipo de crítica que realizan los jóvenes de esa edad a todos los aspectos posibles de la vida

---

1. [1977] Siglo Veintiuno, Madrid, 2017.

2. [1982] Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2005.

3. [1999] Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2019.

4. *El equipo de Stalin. Los años más peligrosos de la Rusia soviética, de Lenin a Jrushchov*, Crítica, Barcelona, 2016.

de sus padres. En ese sentido, comencé a desafiar a mi padre, no tanto en sus creencias políticas fundamentales —que estaban asociadas y vinculadas profundamente a la lucha por las libertades civiles—, sino en relación con algo bastante periférico para él: su admiración por la URSS. O al menos su esperanza de que la URSS fuera en algún momento digna de un sentimiento de ese tipo. No sabía mucho sobre esa experiencia, pero al igual que otras personas de izquierda sentía que probablemente la URSS estaba siendo calumniada por la prensa capitalista y eso lo llevaba a algún tipo de apoyo. Yo consideraba que él no tenía suficiente información y por eso lo acribillé un poco con mis cuestionamientos. Sin embargo, pronto me di cuenta de que era extremadamente difícil formarse una opinión sobre la URSS porque la bibliografía disponible no solo era escasa, sino completamente contradictoria. Se trataba de libros partidistas a favor o en contra, y resultaba imposible comprender lo que realmente había ocurrido o estaba ocurriendo allí. Y ese me pareció un reto interesante.

La segunda cuestión que influyó en mi decisión de dedicarme a la historia rusa es que, en la Universidad de Melbourne, donde yo cursaba Historia, había que estudiar una lengua extranjera. Yo quería aprender alemán, pero no me dejaron hacerlo porque no tenía una base previa —dado que no lo ofrecían como parte de la currícula en mi escuela secundaria—. Así que mis padres me sugirieron que estudiara ruso. El motivo que estuvo detrás fue

el emblemático episodio de la Guerra Fría en Australia: la desertión del diplomático soviético Vladímir Petrov, que llevó a la creación en 1954 de una Comisión Real de Espionaje [*Royal Commission on Espionage*]. En el ambiente de histeria que siguió, algunos miembros del Parlamento empezaron a cuestionar la lealtad de la persona que dirigía el Departamento de Lengua y Literatura Rusa de la Universidad de Melbourne. Se trataba de una especie de campaña de difamación legalmente permitida. Era una rusa llamada Nina Mikhailovna Christesen, casada con el director de una revista literaria que era amigo de mi padre. Mis padres, como otros miembros de la intelectualidad de izquierdas con hijos en edad universitaria, me sugirieron que estudiara ruso para que el número de alumnos de Nina aumentara y las cosas fueran más fáciles para ella. Así que eso hice. Hice el primer curso de ruso, que era todo lo que se requería. Pero después de terminar ese curso, pensé: «No sé lo suficiente del idioma para que sea útil. Haré también el segundo año». Y, de hecho, cursé el segundo año en ruso, lo que me proporcionó suficientes conocimientos de lectura como para arriesgarme a tratar un tema utilizando fuentes rusas para mi ensayo de investigación de cuarto año en Historia. Y eso me llevó a convertirme en una historiadora de Rusia.

*Pese a que usted es muy reconocida por sus trabajos sobre el estalinismo, y también por su libro La Revolución Rusa, su primer trabajo estuvo dedicado a la*

*figura de Anatoli Lunacharsky, el Comisario del Pueblo para la Educación tras la Revolución de Octubre. ¿Por qué la atrajo ese personaje tan particular?*

No fue exactamente porque fuera mi héroe, aunque lo miraba con interés y, en general, con benevolencia. Pero sí había algunas buenas razones para abordar un estudio sobre Lunacharsky. En primer lugar, en la URSS acababan de empezar a publicar sus obras completas. Es decir, estaban publicando el material necesario para desarrollar una biografía intelectual, que es lo que yo inicialmente pensaba escribir. En las bibliotecas de Oxford podía encontrar buena parte del material prerrevolucionario, pero entonces los soviéticos estaban publicando una colección bastante completa de sus escritos posteriores a la Revolución. A medida que me adentré en el tema, me alejé bastante de Lunacharsky como intelectual y, por lo tanto, de mi proyecto biográfico inicial. Se trataba de un divulgador, básicamente muy ecléctico, que recogía muchas ideas y las entrelazaba muy rápidamente en una especie de narración que no solía ser muy profunda. Sin embargo, su actividad como Comisario del Pueblo para la Educación (una suerte de comisario de la Ilustración), me resultó profundamente interesante, especialmente después de mi llegada a la URSS para investigar. Y terminé escribiendo mi disertación sobre eso.

Había otro aspecto que me interesó en Lunacharsky y era el que se vinculaba con su papel de autoproclamado mediador entre la intelectualidad y el

Partido Comunista. Creo que esto tenía algo que ver con mi padre, quien, de hecho, había desarrollado un papel político informal en Australia como mediador de trastienda, alguien que no era miembro de ningún partido político pero que mantenía contactos con comunistas, así como con figuras del Partido Laborista e incluso con algunos liberales. Hoy en día, no estoy segura de si admiraba el papel de mediador de mi padre o lo criticaba, pero me interesaba como autodefinición y *modus operandi*.

En 1966 fui a la URSS para un año de investigación como estudiante de intercambio británica, con la esperanza de que me permitieran trabajar en los documentos personales de Lunacharsky, que estaban en los archivos del Partido Comunista. A los soviéticos no les gustaba dar acceso a los archivos de la época soviética a los extranjeros y me negaron la consulta. Sin embargo, tras algunos meses de lucha, me permitieron ingresar en los Archivos Estatales, considerados menos sensibles políticamente, para trabajar en los archivos del ministerio de Lunacharsky (Narkompros) de la década de 1920. Esos materiales del Narkompros eran absolutamente fascinantes. A través de ellos aprendí sobre Lunacharsky, pero sobre todo empecé a entender cómo funcionaba la política en la URSS. La idea predominante sobre la URSS, encapsulada en el modelo totalitario, sostenía que toda la política se formulaba en el Politburó y luego se transmitía hacia abajo. Pero lo que descubrí en los archivos fue que el Ministerio de Educación

formulaba políticas (al igual que otros ministerios, departamentos del Comité Central del Partido, etc.) y luego intentaba presionar al Politburó, al gobierno, al Consejo de Ministros y a las personas que lo integraban para que sus políticas fueran aprobadas. A veces tenían éxito y otras no, pero yo estaba viendo un proceso político que el modelo totalitario simplemente no permitía ver.

*Cuando usted comenzó sus estudios historiográficos sobre el comunismo soviético, esa perspectiva de la «escuela del totalitarismo» era predominante en la soviología. Sin embargo, usted adoptó una postura diferente, enfocándose en una «historia desde abajo», que atendía y hacía eje en la vida cotidiana. ¿Cuáles eran sus críticas o sus reparos hacia ese paradigma y por qué eligió abordar la historia soviética desde un enfoque societal?*

Mis primeros encuentros negativos con el «modelo del totalitarismo» se produjeron a partir de mi trabajo de archivo en la URSS. Eso sucedió antes de que me fuera a Estados Unidos, a principios de la década de 1970. Sin embargo, cuando me afiqué allí, la cuestión se volvió más importante para mí porque los estudios soviéticos en EEUU estaban entonces dominados por politólogos cuyo modelo favorito era el del totalitarismo. Era un campo muy politizado en la Guerra Fría, y el «modelo del totalitarismo» —basado en la idea de la similitud esencial entre el sistema soviético y el de la Alemania

nazi— no solo servía a los fines académicos, sino también políticos.

Mi decisión de hacer «historia desde abajo» no se produjo durante mi primer periodo de investigación en la Unión Soviética, sino después de mudarme a EEUU. Eso reflejaba, en primer lugar, lo que estaba sucediendo en la historiografía profesional en su conjunto. Todos se dirigían hacia la historia social, que había sido cuantitativa, pero en ese momento estaba pasando a ser más cualitativa. Hacer historia social entonces era como hacer historia cultural en los años 90: todo el mundo se sentía atraído por ella. En el caso soviético, existía una cuestión adicional. Si la historia se escribía considerando que todo venía «desde arriba», hacer historia era muy fácil: se podían leer todas las declaraciones oficiales, las resoluciones del Comité Central, las leyes del Consejo de Ministros y decir: «Perfecto, esto es lo que ha pasado». Si, por ejemplo, alguien estaba interesado en el campesinado, podía leer todas las leyes y resoluciones relativas al campesinado y deducir la situación real. Pero las cosas no funcionaban de ese modo en la URSS. Como percibí más tarde con bastante cinismo, las leyes y las instrucciones eran a menudo más útiles para el historiador social por una especie de lectura inversa: te decían cómo las autoridades querían que fueran las cosas, no cómo eran; y sus listas de prohibiciones eran a menudo una excelente guía de los tipos de prácticas que eran habituales en la vida real.

Pensé que hacer historia desde abajo también era un reto especialmente interesante en la historia soviética porque nadie había intentado hacerlo antes. No estaba muy claro cuáles serían las fuentes, aunque era evidente que eran inadecuadas, especialmente para los años 30 y 40. Pero ¿era posible o no? Me gustan bastante los retos, así que pensé que podría ser factible. Pensé que podría ser factible incluso en lo que se refería a los archivos soviéticos, a pesar de todos los problemas de acceso a los archivos para los extranjeros, que incluían no poder ver nunca los catálogos o inventarios y, por tanto, tener que adivinar qué tipo de material podían contener los archivos. Sin embargo, a mediados de los años 70 yo era al menos una persona conocida, así que supuse que no iba a ser tan difícil. Ciertamente, los soviéticos estaban mucho más dispuestos a entregar el material relacionado con cuestiones sociales que políticas. Les preocupaba mucho que la gente buscara información sobre Trotsky o sobre Bujarin. Esas eran sus obsesiones. También podía ser un problema si se buscaba material sobre el campesinado en la época de la colectivización. Pero obtuve una buena cantidad de material, en particular sobre los sindicatos y la industria pesada a finales de los años 20 y 30. Lo que yo buscaba, en realidad, era analizar y comprender los procesos de interacción entre los trabajadores de base y la administración de las empresas. Y pude conseguirlo con esos materiales.

A la vez, descubrí que me interesaba la cuestión de la movilidad social ascendente. Cuando trabajé por primera vez sobre la educación en torno de Lunacharsky, se me hizo evidente que la cuestión de dar «preferencia a los proletarios» ocupaba un lugar muy destacado y nadie tenía un marco teórico en el que colocar esta cuestión. Lo que los soviéticos decían era que estaban dando poder a la clase obrera a través del partido. Pero lo que hacían en realidad, y que tenía cierta resonancia en los trabajadores reales, era ofrecer oportunidades de movilidad ascendente a los trabajadores pero, sobre todo, a sus hijos. Les daban preferencia en la admisión a la educación superior, por ejemplo. Pensé que era un fenómeno realmente interesante y que merecía la pena estudiarlo, y que era viable hacerlo pese a las limitaciones de acceso a los archivos.

Los soviéticos, por supuesto, habrían rechazado el término «movilidad social ascendente». No reconocían esa noción y, seguramente, no habrían estado a gusto con esa interpretación de las «reglas de preferencia proletaria». Sin embargo, tenían su propio enfoque que sus historiadores llamaban «formación de la *intelligentsia* soviética». Ahora bien, la «formación de la *intelligentsia* soviética» significa, entre otras cosas, el ascenso social de gente de origen obrero y campesino. Por lo tanto, bajo ese título de formación de la *intelligentsia* soviética pude conseguir material de archivo sobre la movilidad social ascendente.

*En «New Perspectives on Stalinism» [Nuevas perspectivas sobre el estalinismo], un artículo publicado en The Russian Review en 1986, usted planteó, en consonancia con su crítica al modelo propuesto por la escuela del totalitarismo, que era posible pensar el estalinismo «desde abajo». Luego, efectivamente, fue lo que usted misma hizo y plasmó en su libro La vida cotidiana durante el estalinismo. ¿Qué modificaciones concretas implicó ese estudio sobre el estalinismo para comprender las formas del régimen? ¿Qué cuestiones salieron a la luz que no habían sido atendidas hasta entonces?*

Como historiadora, siempre dudo de los modelos. Por lo tanto, lo que yo pretendía no era desarrollar uno alternativo al del totalitarismo, sino evidenciar y dar cuenta de aquellos aspectos que ese enfoque no permitía ver. En ese sentido, tampoco expresé mis ideas y mis análisis sobre el funcionamiento de la política soviética en términos de modelo. Al abordar la cuestión del funcionamiento de la sociedad, la imagen que ofrecí fue la de una amplia estructura institucional creada y controlada por el Estado, y la de individuos que no solo operaban dentro de esa estructura, sino en sus intersticios. En otras palabras, pretendí reflejar que para conseguir lo que necesitaban para la vida, las personas debían tener en cuenta esa estructura oficial y utilizarla de manera voluntaria o involuntaria. Para todo tipo de cosas necesitaban de esa estructura: para conseguir bienes de consumo, para hacer que los hijos recibieran una

educación adecuada, etc. Allí operaban en los intersticios por medio de conexiones personalistas.

Es importante destacar la importancia del término soviético «blat». Blat es un sistema de intercambio recíproco de favores: yo tengo la oportunidad de hacer ciertas cosas por ti debido a mi posición; tú, en cambio, tienes otras oportunidades y puedes hacer otras cosas por mí. Pero no es una relación cruda que se pueda monetizar y tampoco la contrapartida tiene que ser inmediata. No, es un balance continuo. De hecho, en esa economía de favores nos consideramos amigos, aunque hasta cierto punto se trate de una amistad instrumental. Esa forma de operar, de la que me da cuenta porque estuve en la URSS en los años 60 y la observé de manera directa, fue muy importante, en mi opinión, desde el principio. Es interesante que en China, donde se utiliza el término «guānxi» para definir este tipo de economía de favores, el sistema prevalece y muchos lo remontan a las raíces tradicionales chinas. Lo cierto es que allí tienen una estructura institucional y unas respuestas similares, formas análogas de lidiar con ella y de evadirla para desarrollarse.

*Usted escribió un libro sobre la cúspide de poder del estalinismo. Me refiero a El equipo de Stalin, que usted misma definió como «una especie de etnografía del Politburó». ¿Por qué decidió, luego de trabajar la vida cotidiana, desarrollar un estudio sobre la estructura de poder en el estalinismo?*

Nuevamente hay una serie de razones, pero quizás podría mencionar simplemente la principal: me gusta hacer cosas que no he hecho antes y no me gusta que me encasillen. Yo ya había pasado de ser historiadora cultural —o, más bien, historiadora de instituciones culturales— a trabajar en el campo de la historia social. Es decir, no me había mantenido en un solo campo.

Pero sobre esta cuestión específica, siempre había sabido algo sobre el Politburó en los años 20 debido a que, durante décadas, había cultivado una estrecha amistad con Igor Sats, el secretario de Lunacharsky. Sats había conocido a Trotski, a Stalin, a Bujarin y solía hablarme de ellos, por lo que yo tenía una imagen de aquellos personajes y de sus interacciones personales que no estaba plasmada en la bibliografía de entonces. En particular, solía conversar sobre ello con el politólogo Jerry Hough, con quien entonces estaba casada. Jerry siempre me decía: «Deberías escribir esto porque da una imagen de la política soviética que simplemente no tenemos». Pero no lo hice porque quería hacer historia social. Mucho después de que Jerry y yo nos divorciáramos —de manera muy amistosa—, pensé: «¿Por qué no hacerlo?». Pero también pensé que algo de lo que había comprendido, a partir de mi trabajo sobre la vida cotidiana bajo el estalinismo, sobre la forma de hacer las cosas era, de hecho, perfectamente aplicable, por lo que me dije: «Si miro al Politburó, si aporte al Politburó soviético un cierto grado de conocimiento de segunda

mano de las personalidades y un buen sentido de cómo operaba la gente en la URSS, podría hacer un trabajo de historia política realmente interesante». Y consideré que quizás esto podía aportar algo a la forma en que vemos y pensamos al propio Stalin. Porque ha habido una gran cantidad de estudios sobre Stalin, pero casi todos son biográficos. Yo no pretendía anular ese trabajo, ni decir «No, es el Politburó el que dirige todo, no Stalin». Intentaba ver cómo encajaba el Politburó en el sistema estalinista.

Stalin se reunía con los miembros de su Politburó (o a veces con un órgano *ad hoc* que se solapaba con el Politburó formal) prácticamente todos los días durante varias horas. Eso significa que el Politburó tenía una función que Stalin consideraba importante. Stalin era un hombre muy trabajador y era imposible pensar que fuera a pasar tiempo con ellos a menos que el Politburó tuviera un objetivo y una tarea definidos. Ese fue mi punto de partida: que el Politburó tenía que tener funciones y tareas de gobierno porque, de otra manera, Stalin no habría pasado tiempo dialogando a diario con sus miembros. Y estaba muy claro que pasaba tiempo allí porque los registros de su oficina estaban disponibles. Cada hora de su día en la oficina quedó registrada. Eso me permitió desarrollar mi trabajo, sobre todo porque esos registros estaban también publicados en Australia, y cuando comencé a trabajar el tema, me encontraba allí y viajaba periódicamente a la URSS.

*Permítame preguntarle sobre su propia historia como investigadora. ¿Cómo fue trabajar en los archivos soviéticos?*

Era difícil. Lo fue especialmente en los años 60 y 70 porque no entregaban catálogos ni guías. No decían qué material tenían. Tampoco lo publicaban. Así que había que hablar con un empleado de los archivos y decirle: «Mi tema es tal y tal, y quiero tal y tal material». Entonces, por supuesto, podían entenderte mejor o peor, y podían ser más o menos colaborativos. Era realmente complicado conseguir material de esa manera, a punto tal que, en el proceso, aprendí mucho sobre la burocracia y los archivos. Si pedías, por ejemplo, las actas de las reuniones de una determinada institución, pero las actas se llamaban protocolos, puede que no las trajeran a no ser que les cayeras bien. Pero si decías «Quiero protocolos» y tenían protocolos, a menudo se sentían obligados a traerlos. Y una vez que tenías los protocolos o las actas, entonces podías continuar mejor el trabajo, fecha por fecha. Ahora bien, muchos de los archivistas, esos funcionarios subalternos con los que traté, fueron de una enorme ayuda. Hicieron lo que pudieron por mí y, a menudo, con muy buena predisposición. Puede que tuvieran la sospecha de que, en los intercambios académicos, las potencias occidentales enviaban espías que se hacían pasar por historiadores. Sin embargo, si te veían trabajar regularmente durante un largo tiempo, se convencían de que realmente estabas escribiendo sobre historia. Veían que

estabas haciendo tu trabajo y que no estabas simplemente sentada ahí. En mi caso, evidentemente, decidieron que yo era una verdadera historiadora.

Me gustaría contar una historia curiosa sobre esta cuestión. Algo que me sucedió ya en los años 80, una época en que durante bastante tiempo viajé a la URSS casi cada año. Un día, en el paquete de carpetas que recibí, había una sobre el uso de mano de obra de convictos en la industria pesada, un tema tabú. Yo estaba entonces trabajando sobre la industria pesada. Miré ese archivo y me dije: «Es increíble. Yo no pedí esto». Pero me senté, lo leí y tomé notas detalladas. Y luego volví y dije: «¿Puedo tener el siguiente año de la misma serie?». Pero, ciertamente, nunca obtuve más. En definitiva, parecía una cosa extraña que me había llegado y que me permitía llenar un vacío porque, por supuesto, el material sobre el uso de la mano de obra de convictos no era parte del archivo de acceso abierto. Muchos años más tarde, ya a finales de los 80, en tiempos de la perestroika, me encontré en una ocasión social con la subdirectora del archivo. Entonces, ella me dice: «¿Le gustó el regalo que le envié?». Y yo le pregunté: «¿Qué regalo?». Y ella respondió: «Le envié unas cositas sobre el trabajo de los convictos». Y mientras la miraba sorprendida, ella me explicó: «Lo hice porque vi que era muy trabajadora, siempre estaba trabajando. Pensé que eso merecía un reconocimiento».

*En su autobiografía* A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia

*[Una espía en los archivos. Memorias de la Rusia de la Guerra Fría], narra el momento que da título al libro: el de la acusación en 1968 en el periódico Sovetskaya Rossiya de ser una «saboteadora ideológica», una espía para Occidente disfrazada de académica. ¿Qué supuso para usted esa acusación y cómo transitó ese periodo?*

No fue tan malo como parece o, en realidad, como podría haber sido. La realidad es que se equivocaron con mi nombre o, más bien, no sabían que yo era la persona de la que estaban hablando. Esto necesita un poco de explicación. Yo nací Fitzpatrick y publiqué mis artículos utilizando ese apellido. Pero me casé en Gran Bretaña con un hombre llamado Alex Bruce. Y pese a que yo hubiese deseado mantener mi apellido en el pasaporte británico, los británicos no lo permitían. Dijeron: «Usted es la señora Bruce». Así que conseguí un pasaporte que decía Sheila Bruce o, en ruso, Sheyla Brius. Mientras tanto, publicaba como Fitzpatrick. Solo tenía un artículo en aquella época, en una revista que seguía la vieja convención británica de utilizar las iniciales en lugar del nombre. Así que me llamaba S. Fitzpatrick. El periódico *Sovetskaya Rossiya* evidentemente tenía a alguien asignado para leer la prensa occidental con el fin de escribir artículos diciendo que esa gente era saboteadora y falsificadora. Tal vez la KGB le dijo que buscara a Fitzpatrick o, más probablemente, simplemente esa persona estaba leyendo la revista buscando algunos potenciales «falsificadores burgueses»

para atacar, encontró ese artículo y pensó: «Bueno, esto encaja». Supuso que Fitzpatrick era un hombre, porque el apellido no da el género. Escribió en su artículo que Fitzpatrick era lo más parecido a un espía. Mientras tanto, yo seguía en Moscú como Sheyla Brius. Pero yo no leí ese periódico, y mis amigos tampoco. Cuando volví a Oxford, la gente de allí que estaba al tanto de la prensa soviética dijo: «Dios mío, te han denunciado como espía. ¿Pasó algo?». Así fue como me enteré. Supongo que después de un tiempo la KGB descubrió que Fitzpatrick y Brius eran la misma persona. Pero creo que en ese momento no sabían eso. En los archivos, la persona con la que trataban era Bruce (Brius), y no había nada contra nadie con ese apellido.

*Acaba de mencionar su estancia en Oxford, donde se doctoró con su tesis sobre Lunacharsky. Mientras tanto, en Cambridge estaba E.H. Carr, el prolífico escritor, diplomático e historiador, cuyos estudios sobre la URSS habían adquirido gran relevancia. ¿Tuvo usted contacto con Carr? ¿Qué impresión le causó su obra?*

Cuando fui a Oxford, la historia soviética no era considerada un objeto de estudio muy legítimo. Entre otras cosas, era vista como demasiado contemporánea y se asumía que no se podía conseguir material de archivo. Yo la veía como un campo más o menos virgen en la década de 1960. Había apenas algunas personas estudiando esos temas, pero yo los consideraba esencialmente como

politólogos que se habían desviado hacia el campo de la historia. En definitiva, no había nadie cuyo trabajo sobre la historia soviética me pareciera de gran interés en Oxford.

Las dos personas que tenían un trabajo que sí me resultaba serio e interesante eran Leonard Schapiro, en la London School of Economics, y E.H. Carr, en Cambridge. Y tuve relación con ambos. Hasta el momento en que Leonard decidió que no le gustaba ideológicamente, me apoyó mucho y fue un gran patrocinador. En el caso de Carr, las cosas se dieron de otro modo y muchas veces me he preguntado por qué no fui en primer lugar a Cambridge a estudiar con él. Es uno de los misterios de la vida, pero lo cierto es que no lo hice. De hecho, tampoco me puse en contacto con Carr, aunque admiraba mucho su trabajo. Sin embargo, fue él quien un día se puso en contacto conmigo y entonces apareció la misma cuestión del apellido. Fue hacia 1968 o 1969. Carr me escribió una carta a mi dirección de Oxford dirigida a la «Sra. Bruce». Decía algo así como: «Querida Sra. Bruce, me pregunto si se ha dado cuenta de que una persona llamada Fitzpatrick está trabajando en su tema y ha publicado este artículo...». Así que le respondí: «Esa soy yo» (estoy segura de que él lo sabía y de que la carta era su pequeña broma). Me invitó a ir a Cambridge y visitarlo. Me apresuré a ir y nos hicimos, creo, amigos. Fue bastante curioso. Su oficina estaba en el Trinity College de Cambridge. Recuerdo que subí muchas escaleras oscuras para llegar allí y que las propias habitaciones

estaban a oscuras, y allí estaba él: un hombre alto, mayor, de aspecto impresionante, sentado detrás de su escritorio. Entonces entré yo, una mujer joven y menuda. Gracias a nuestras conversaciones descubrí por qué se interesaba en mi trabajo. Aunque no se dedicaba básicamente a la historia cultural, tenía una sección sobre política cultural en el libro que estaba escribiendo. Creo que era el segundo volumen de *Bases de una economía planificada*. Era evidente, por mi artículo publicado sobre Lunacharsky, que yo sabía algo al respecto, y él quería informarse.

Carr siguió en contacto incluso después de que yo me fuera a EEUU. En cierto modo, él se mantuvo más presente conmigo que yo con él. No porque yo no hubiera querido, sino más bien porque pensé: «Él es un gran hombre, ¿y quién soy yo?». En 1971, cuando ya no estaba casada con Alex, y vivía en Londres, en una relación con un periodista que trabajaba para el *Financial Times*, Carr me escribió a la casa de esa persona, a quien nunca le había mencionado, en lugar de escribir a mi dirección de Oxford. Esa era otra de sus pequeñas bromas, supongo, una forma de decir: «Mis espías saben dónde estás».

*Quisiera preguntarle ahora por algunas cuestiones vinculadas a la actualidad de Rusia y, en particular, por el modo en que se piensa desde la política contemporánea el proceso soviético. Vladimir Putin suele defender algunos aspectos de la URSS, pero desprecia la Revolución de Octubre (a punto tal que no se celebró su*

*100<sup>a</sup> aniversario en 2017). Parece ver la Revolución y a Lenin como generadores de caos y desintegración. ¿Dónde ubicaría a Putin desde el punto de vista ideológico y de su lectura de la historia rusa?*

En cierta ocasión Putin se definió como un «producto puro y completamente exitoso de la educación patriótica soviética». Aun con la dosis de ironía de la expresión, hay mucho de cierto en ella. Por supuesto, es evidente que sobre Lenin se apartó bastante de aquello que le enseñaron, pero sobre Stalin se mantuvo en el mismo eje.

Para tener una perspectiva de las ideas de Putin sobre la Revolución Rusa conviene, efectivamente, observar sus opiniones en los debates de cara a las celebraciones del centenario de la Revolución —celebraciones que finalmente no se produjeron—. En aquel contexto de 2017, Putin dijo que con seguridad Lenin había hecho algunas cosas buenas, pero que hubo aspectos negativos muy claramente destacables para él. Lo definió, lisa y llanamente, como un destructor de naciones. En ese contexto, lanzó su crítica favorita a Lenin, considerando como una de sus peores medidas el otorgamiento del derecho de secesión a las repúblicas de la URSS. Putin lo llamó «una bomba de tiempo». Se trata de un recurso que, por supuesto, ninguna de las repúblicas usó durante 70 años, hasta que finalmente lo hicieron.

En contraste con su mirada sobre Lenin, Putin ve a Stalin como un

constructor de la nación. Y la construcción de la nación es algo por lo que Putin manifiesta una enorme simpatía. Él siente que está dedicado a ello. Piensa su propio papel como el del hombre que tiene la misión de construir una nación después de una fuerte agitación que ha producido una gran erosión y malestar dentro de la sociedad. Es en ese sentido en el que admira a Stalin.

Varios académicos han sugerido que, en cuestiones como el trato a Ucrania, Putin remonta su perspectiva al tiempo de la consolidación del control ruso del siglo XVIII sobre aquellas tierras, entonces rusas, que ahora son parte de Ucrania. Simon Montefiore afirma que Putin ha leído su libro sobre Catalina la Grande y la creación de la Gran Rusia<sup>5</sup> y que le gustaría situarse en la tradición de los constructores de la nación y el imperio rusos, empezando por Pedro el Grande y pasando por Catalina. Estoy abierta a ese punto de vista, pero no he visto ninguna evidencia concreta que me convenza de que eso sea más importante para Putin que el aspecto soviético, que, después de todo, está más cerca de él. Pero es ciertamente una hipótesis bastante plausible.

*¿Qué aspectos de la historia rusa nos dan pistas para analizar la invasión a Ucrania?*

El propio Putin nos ha dado una pista en sus comentarios sobre la

5. S. Montefiore: *Catherine the Great and Potemkin: Power, Love and the Russian Empire*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2010.

inseparabilidad histórica de Rusia y Ucrania. Considera que los orígenes del actual Estado ucraniano están en la República Socialista Soviética de Ucrania, formada como miembro fundador de la URSS en la década de 1920. Esto implica que una estrecha relación con Rusia (en la época soviética, la República Socialista Federativa Soviética de Rusia) está incorporada a la identidad ucraniana.

La cuestión del destino de Ucrania dentro de la URSS es complicada. Es la URSS la que reconoce a Ucrania como entidad nacional a principios de la década de 1920, en contraste con los aliados occidentales después de la Primera Guerra Mundial, que se negaron a hacerlo. En la década de 1920 hubo conflictos por el «nacionalismo burgués» en Ucrania. En la hambruna de principios de la década de 1930 (llamada «Holodomor» por los ucranianos, y una parte clave de la historia nacional del Estado ucraniano postsoviético), los campesinos ucranianos fueron los principales afectados (aunque los campesinos de otras regiones productoras de grano, como el sur de Rusia y Kazajistán, también sufrieron mucho); y los líderes del Partido ucraniano, junto con los de otras repúblicas y regiones nacionales, fueron víctimas de las Grandes Purgas a finales de la década.

Este es un terreno relativamente conocido, pero también está la cuestión del papel de Ucrania en la política y el gobierno soviéticos en el periodo posterior a Stalin. Durante la redacción de mi último libro, *The*

*Shortest History of the Soviet Union*, me interesé bastante por este tema. El periodo posterior a Stalin, especialmente a partir de los años 60, fue mucho más fácil para Ucrania. Nikita Jruschov, un ruso nacido en Ucrania, había sido el jefe del Partido en esa región a finales del periodo de Stalin, y cuando pasó a esferas más altas en Moscú conservó muchos amigos ucranianos, a los que por supuesto les fue muy bien bajo su mandato. Por aquel entonces, los líderes del Partido ucraniano, si bien nombrados por Moscú, eran siempre ucranianos étnicos; y la representación ucraniana en el Politburó aumentó y siguió siendo importante durante el periodo de Leonid Brezhnev. Durante el último periodo soviético, Ucrania parecía una de las repúblicas más exitosas, le iba bastante bien y, en comparación con otras repúblicas de la URSS, se sentía bastante satisfecha consigo misma. Aunque existía un movimiento nacionalista disidente, era relativamente pequeño en aquella época.

Esto hace que sea más fácil comprender el hecho de que, cuando se produjo el fracaso de la perestroika de Mijaíl Gorbachov y la cuestión de la soberanía republicana y la separación ingresó en la agenda de los líderes de las repúblicas soviéticas, Ucrania no se encontrara en la primera línea. Los Estados bálticos eran los que realmente querían salir más rápido y los que contaban con una opinión popular que apoyaba firmemente a los líderes separatistas. Los líderes de Georgia y Armenia también estaban avanzando

hacia la salida en 1990-1991, con el apoyo de la opinión pública de sus repúblicas. Pero ese no fue el caso de Ucrania. Ucrania abandonó la URSS en el último momento, junto con Rusia (bajo el mando de Boris Yeltsin), y en gran medida siguiendo el ejemplo de Rusia. El golpe mortal para la URSS se produjo cuando Yeltsin, el líder ucraniano Leonid Kravchuk y los bielorrusos comunicaron al presidente soviético Gorbachov que las tres repúblicas eslavas se marchaban, dejando a Gorbachov presidiendo el cascarón vacío de la URSS.

*¿Cree que Putin puede estar buscando para Ucrania un régimen similar al de Lukashenko en Bielorrusia?*

Si eso es lo que pretende, no creo que lo consiga. Lo que ha provocado, de hecho, es lo contrario. Ha conseguido una suerte de consolidación de un sentido de la nacionalidad ucraniana separada y hostil a Rusia. Y ese sentido de pertenencia a esa nacionalidad ucraniana tiene que incluir a los numerosos ciudadanos étnicamente rusos que viven en Ucrania. Uno de los aspectos más llamativos de la cobertura mediática sobre la invasión de Ucrania es que nadie haya mencionado, al tratar la destrucción y el brutal bombardeo de Mariupol, que la mitad de la gente que vive allí es de origen ruso. Según el último censo, en Mariupol vivía 44% de personas de origen ruso. Así que se trata de rusos que, junto con los ucranianos, están sufriendo el trauma de la guerra y que, presumiblemente, en respuesta

en gran medida a esta invasión y a la hostilidad, se identifican con el proyecto del Estado ucraniano. Incluso antes de la invasión, yo hubiera sido muy escéptica de que a Putin se le pasara por la cabeza la idea de que podía conducir a toda Ucrania a una posición como la bielorrusa. Ya lo intentó antes, de forma más o menos democrática, pero no funcionó. Ahora, la invasión ha dificultado aún más su consecución. No está claro cuáles eran los objetivos concretos de Putin al invadir y, en cualquier caso, probablemente hayan cambiado tras el desastre del primer avance hacia Kiev. Pero en este momento parece mucho más probable que los futuros historiadores vean la invasión de 2022 como parte de la involuntaria «fabricación de una nación ucraniana» (de orientación occidental, hostil a Rusia) que a la de un Estado que funcione como un cliente obediente de Rusia.

*A menudo se dice que existe una nostalgia de los tiempos soviéticos, pero se habla poco de una nostalgia de los tiempos revolucionarios, de los tiempos creativos del proceso de 1917. ¿Cómo cree que piensan los ciudadanos rusos sobre la revolución bolchevique? ¿Tienen una idea similar a la de Putin? ¿Qué valoración pueden llegar a tener hoy de un personaje como Lenin?*

Por lo que recuerdo de las encuestas de opinión en 2017, en el centenario de la Revolución, cuando se le pedía a la gente que evaluara los diferentes periodos de la historia soviética, la opinión sobre la Revolución y sobre Lenin era más positiva que la que sostiene Putin. Ahora bien, en

las encuestas de opinión, aquella gente que valoraba positivamente a Stalin era la que afirmaba normalmente que también le gustaba Lenin, mientras que a Putin solo le gustaba uno de ellos. En ese momento, este parecía ser un tema de discusión, pero no de discusión apasionada. En otras palabras, a la gente le interesaba pensar en ello, pero no parecía tener una gran relevancia.

En cuanto a la nostalgia soviética, ciertamente fue muy fuerte entre la población rusa durante las primeras décadas posteriores a la caída de la URSS. Sin embargo, supongo que el cambio generacional la ha ido desvaneciendo. En otras palabras, ahora tenemos a una generación completa que no se crio ni se educó en la URSS. Y uno podría suponer que eso reducirá ese sentimiento de nostalgia. Sin embargo, no estoy segura de poder confirmarlo directamente mediante la investigación o la observación. Es, sencillamente, una suposición.

*¿Cómo cambiaron los estudios rusos desde los comienzos de su carrera y cuáles son hoy los niveles de colaboración con los historiadores rusos?*

Ahora esas relaciones son habituales y hay contactos completamente normales. Existen colaboraciones intelectuales realmente productivas, como la del historiador británico Yoram Gorlizki con Oleg Khlevniuk en Moscú. En mi caso, no tengo ninguna colaboración estrecha como la que acabo de mencionar, pero, por supuesto, mantengo una conversación profesional continua con varios rusos que son expertos en diversos temas en los que trabajo. Hasta ahora, este tipo de comunicación ha continuado. Pero si la guerra se prolonga, es probable que esto cambie: habrá más sospechas de los occidentales por parte de los rusos (y viceversa) y las relaciones intelectuales y profesionales se verán afectadas. ☐

## PÁGINAS

Marzo de 2022  
Lima  
Nº 265

ACTUALIDAD: La mancha del aprendizaje, **Susana Cárdenas Alayza**. REFLEXIÓN: Sinodalidad y movimientos populares, **Felipe Zagarra**. «Gritos y clamores que sean nuestros». Ecología integral en clave liberadora, **Silvia Cáceres Frisancho**. Integralidad cristiana como humanización. Desarrollo humano integral, **Javier M. Iguíñiz Echeverría**. Entre lo diverso y lo universal. Cultura, inculturación e interculturalidad, **Juan Ansion**. Diversidad religiosa y nación en perspectiva histórica, **Juan Fonseca**. La filosofía y el cautiverio de las ideologías. Reflexiones sobre la actitud crítica en la vida pública, **Gonzalo Gamio Gehri**. NOTA: Beatifican a Rutilio Grande y otros tres mártires en El Salvador. TESTIMONIOS: Octavio Ortiz Arrieta, el obispo «pecadito», **Gerardo Hanlon**. INFORME: Dos informes cruciales para el futuro de la humanidad, **Carmen Lora**. DOCUMENTOS: Cuando los impuestos son justos, son para el bien común, **Papa Francisco**. Comunicado ante la opinión pública. Ante los recientes cambios en el Consejo de Ministros, **CONFER**.

*Edita y distribuye Centro de Estudios y Publicaciones, Belisario Flores 681 – Lince, Lima 14, Perú. Tel.: (511) 4336453 – Fax: (511) 4331078. Correo electrónico: <paginas@revistapaginas.com.pe>. Página web: <www.revistapaginas.com.pe>.*



**Camila Sosa Villada**

# Escribir y tirar arañazos

*Entrevista a Camila Sosa Villada*

## Hinde Pomeraniec

Nació en la provincia de Córdoba, Argentina, en 1982 y no se hace fácil definirla en pocas palabras. Actriz, narradora, ensayista y poeta, estudió Comunicación Social y Teatro en la Universidad Nacional de Córdoba. En 2013, el nombre que había elegido cuando quiso llevar uno de mujer porque no se identificaba con el sexo que le habían adjudicado al nacer fue estampado en su nuevo documento de identidad, que acredita su género femenino. Entonces, contaba esto:

Hace 31 años mis viejos tuvieron un hijo (...) Armaba muñecos, robots, a escondidas me pintaba con los

maquillajes de mi vieja. Me enamoraba en secreto de mis compañeros de banco, de mis profesores. Fui un niño que conoció muchas tristezas de golpe. No alcancé a aprender a mear de parado y ya me había enemistado para siempre con mi papá.

Con su primera novela, *Las malas*<sup>1</sup>, se consagró inesperadamente como una de las autoras argentinas más potentes y transgresoras, lo que le dio también éxito en otros países, premios como el Sor Juana de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y el Finestres de Narrativa, y traducciones en varios idiomas.

---

**Hinde Pomeraniec:** es periodista y escritora. Es autora de *Katrina, el imperio al desnudo* (Capital Intelectual, Buenos Aires, 2008); de *Rusos de Putin: Postales de una era de orgullo nacional y poder implacable* ([2009] Ariel, Buenos Aires, 2019); de *Blackie. La dama que hacía hablar al país* (Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010); y junto con Raquel San Martín, de *Dónde queda el Primer Mundo* (Aguilar, Buenos Aires, 2016). En 2017 ganó el Premio Konex de Platino como la mejor periodista literaria de la década en Argentina. Desde 2017 es editora del portal de noticias *Infobae*. En 2019 recibió el Premio Hrant Dink al periodismo argentino otorgado por el Consejo Nacional Armenio. Es miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo. En 2015 fue una de las organizadoras de #NiUnaMenos, la jornada de movilización masiva del 3 de junio en contra de la violencia machista y los femicidios.

**Palabras claves:** literatura, transescritura, travesti, *Las malas*, Camila Sosa Villada.

1. Tusquets, 2019, Barcelona.

*Las malas* es un libro inclasificable y atrevido que cuenta la historia de Tía Encarna, una travesti de la zona roja del parque Sarmiento, en la ciudad de Córdoba, una suerte de gurú y madre colectiva que cobija en su casa a otras integrantes de la comunidad travesti que van por el mundo con toda su vida encima, una vida «que cabe en una carterita de mala muerte».

Como actriz, en 2009 Camila Sosa Villada estrenó su primer espectáculo unipersonal, *Carnes tolendas, retrato escénico de una travesti*, que sigue representándose con regularidad y con éxito. Además de actuar en teatro, hizo papeles en cine y en televisión.

Suele decir que su primer acto oficial de travestismo fue escribir. Es autora además del ensayo *El viaje inútil. Trans/escritura*<sup>2</sup>, el relato *Tesis sobre una domesticación*<sup>3</sup>, el libro de poemas *La novia de Sandro*<sup>4</sup> (nombre del blog que tuvo durante un tiempo) y el libro de relatos *Soy una tonta por quererte*<sup>5</sup>. Además de sus libros, tiene una vida intensa en las redes sociales, donde comunica sus gustos, sus miedos, su ironía y también exhibe sus provocaciones y su volcánica personalidad.

Fue prostituta, vendedora ambulante y empleada doméstica. En la actualidad es una de las escritoras más celebradas y convocadas no solo en su país de nacimiento sino en varias partes del mundo.

*Fue la vergüenza de su familia, como dijo, y hoy se reconoce como la madre de sus padres...*

Nuestra familia era muy pequeña porque éramos tres personas solamente, mi padre, mi madre y yo, vivíamos en una especie de silencio que era solamente interrumpido por las demandas y las órdenes de mi padre. Él había aprendido el mundo de esa manera y le quedaba cómodo eso, vivíamos una especie de silencio donde no se podía decir nada porque las respuestas eran muy violentas, entonces yo pocas veces tenía posibilidad de decir qué me estaba sucediendo a mí como ser humano. Qué me había pasado a mí siendo niña, siendo adolescente y habiendo asistido a un acontecimiento como este, que yo no pude evitar de ninguna manera. Nunca se me ocurrió ni siquiera que podía haber una alternativa a ser travesti, ¿entendés? Fijate que yo era muy pequeña y tenía 15 años en un pueblo de 5.000 habitantes, donde todo el mundo se conocía y era profundamente homófobo, y yo sabía que mi padre no me lo iba a perdonar nunca y sin embargo lo hice. Entonces, cuando hice mi obra *Carnes tolendas* y pude contarles qué me había sucedido a mí —porque además todo el tiempo yo había escuchado «esto que nos hacés», «esta traición que cometiste», «esto que te estás exponiendo a que te

2. La Uña Rota, Segovia, 2021.

3. Página/12, Buenos Aires, 2019.

4. Tusquets, Buenos Aires, 2020.

5. Tusquets, Barcelona, 2020.

encontremos [muerta] en una zanja», etc.—, de repente tenía una versión diferente, que era la mía...

*Su palabra...*

Mi relato. Lo que yo había visto y cómo lo estaba contando yo, y para ellos fue encontrarse con ellos mismos también. Mirá, mi padre vio la obra tarde, como tres o cuatro años después.

*Ya era conocida como actriz...*

Exactamente. Como la obra tenía un desnudo, él no quería verla todavía, un hombre de tantos años, verdad. Entonces la vio en [la provincia de] Catamarca, habíamos salido de gira y la vio ahí, y ¿sabés qué? A mitad de la función él empezó a sangrar por la nariz. Empezó a tener una hemorragia que terminó con su suéter de salir y su camisa de salir... Bañado en sangre. Yo llegué al camarín, entró mi mamá muy nerviosa y me dice: tu papá tuvo una pérdida de sangre por la nariz porque se ha puesto muy nervioso cuando te ha visto. Entonces, después, al rato, él entró, por supuesto lleno de lágrimas, y yo entendí finalmente que ese parto había terminado, que yo había terminado de sufrir y que los había traído al mundo de nuevo, ¿sabés?

*¿Qué es lo que más le sorprende —si le sorprende, claro— del éxito que viene teniendo no solo en Argentina sino en cada lugar en el que se publica Las malas y se habla de usted?*

Me sorprende cuánto puede molestar, cuánto puede significar para otros que a una persona a la que verdaderamente le han sacado todo desde que es chica hasta sus 37 años —que fue cuando me empezó a ir bien con *Las malas* y me relajé económicamente—, cómo los puede ofender, lo amenazados que se sienten colegas y otros respecto a que a una persona le vaya bien, sabiendo además que que te vaya bien es absolutamente azaroso, que no hay nada para hacer para que un libro tenga o no tenga éxito. Es algo que tiene que ver con la suerte, con los tiempos que nos tocan. Entonces bueno, me sorprende cómo mis colegas están mirando constantemente qué hago, qué dejo de hacer, qué tengo, qué no tengo, qué declaro, qué no declaro, completamente abstraídos en eso. Y como si eso fuera mi culpa, ¿sabés?

También me sorprende haber escuchado a un par de periodistas y a un par de colegas, y me llegan chismecitos también, de la idea de deberle algo a alguien. Como si por el hecho de que me fue bien hay que pensar que le estoy debiendo algo a un editor, a una editorial, a una persona que habló bien de mí. La idea de un descubrimiento también me sorprende muchísimo. Que los porteños piensen que me han «descubierto» determinadas personas y... Como si yo no hubiera hecho nada. Y yo, en verdad, desde 2009 que empecé a trabajar como actriz hasta ahora, lo único que he hecho ha sido trabajar. No he hecho otra cosa, ¿sabés? Trabajar, trabajar, trabajar. Poner en pie las ruinas que habían quedado de mi

vida. Bueno, eso no deja de sorprenderme, cómo el bienestar de alguien puede hacer tanto daño a la rutina de otras personas.

*Hizo mucho, de todo para poder convertirse en la escritora que es, en la artista que es. ¿Hay algo que haría diferente? ¿Esta es la Camila con la que soñaba en sus momentos más duros?*

No, nada. No cambiaría nada. Ni de lo que hice ni de lo que me hicieron. Ni de lo que me pasó. No cambiaría nada. Además, yo la verdad que cuando crecía no pensaba que estaba alimentando a una artista, ¿sabés? No pensaba «esto es para que vos crezcas como artista». Yo lo hacía porque tenía que comer, tenía que vivir y no quería volver a prostituirme. Y no quería volver a prostituirme no porque creyera que está mal o que es tanto más denigrante, degradante que cualquier otro trabajo. Sí creo que las condiciones en las que yo me prostituía eran bastante desfavorables, pero solamente me interesaba no extinguirme porque me estaba yendo mucho mejor económicamente siendo actriz que siendo prostituta. Y ahora, siendo escritora que siendo actriz. Y me siento a pensar porque me llegan propuestas constantemente, ahora como me han «descubierto» en Buenos Aires, me empiezan a llegar de nuevo propuestas para filmar, para estar en algunas películas, y yo lo único que pienso es en lo cansada que estoy de actuar, en lo que implica ponerse a interpretar un personaje, pero nunca lo hice

pensando que estaba haciendo crecer a una artista sino solo para poder llegar a fin de mes tranquila con el alquiler. Entonces bueno, lo cierto es que toda esa experiencia nutrió a mi actriz y a mi escritora, y por eso no lo cambiaría.

*¿Se siente de alguna manera integrada al mundo de los escritores y de los intelectuales? ¿O se piensa como alguien diferente, como alguien que viene a empezar algo nuevo en la literatura?*

Ay no, me siento fatal estando en climas así de escritores e intelectuales. Me siento completamente estúpida. Siento que no tengo nada para decir, que no tengo formación. Que mi recorrido como lectora es muy corto, muy placentero, pero corto. En verdad, casi siempre acierto con los libros que leo, entonces siempre ha sido de muchísimo gozo la lectura, de volverme loca leyendo. Pero nunca así, como mis colegas; la manera en que hablan de la literatura, la manera en que hablan de sus libros. No, no me siento parte para nada. Tampoco me siento como alguien diferente, pero bueno, no tengo esa mirada puesta en mí. Solamente estoy escribiendo. Mi relación más estrecha es con Paola Lucantis. Con Paulina Cossi. Bueno, con *la Viola* [Liliana Viola]. Lo fue con Juan Forn. Lo es con Gabriela Halac. Que son mis editores de siempre, digamos. Pero no tengo relación y tampoco me interesa tenerla con el mundo de los escritores en general. Como tampoco me interesó tenerla con los actores ni con las actrices ni con los directores [risas].

Como verás soy muy arisca. Así como soy expresiva, rutilante soy... Se puede decir que, expresiva es la palabra, que me expreso, la gente piensa que soy simpática pero en verdad soy muy tímida, entonces todo tipo de vínculos me cuestan muchísimo. Me cuesta mucho relacionarme con mis colegas, con los jefes de editoriales. Me aburro, me parece fatal, sin embargo hago mi trabajo lo mejor que puedo. Cuando me invitan de una feria, de un festival, estoy ahí al pie del cañón trabajando, dando notas, hablando con el público, por supuesto, porque ese es mi trabajo una vez que terminé de escribir el libro. Pero no me siento parte de ese universo para nada. Después, cuando vuelvo a mi casa o cuando vuelvo al hotel solo quiero verme con mis amigos, los de siempre, que por suerte son los que están conmigo hace muchísimos años ya. Pienso en mi tóxico [risas] —mi chongo<sup>6</sup>—, pienso en mis padres, y nada más.

*¿Usted siente la misma persecución hacia las travestis o piensa que las cosas cambiaron?*

Bueno, lo que pasa es que vivimos rodeadas de gente políticamente correcta y no sabemos de dónde vienen los zarpazos, pero los zarpazos vienen igual. Es muy difícil identificar un enemigo

cuando se ha logrado una especie de maqueta del buen comportamiento y de la tolerancia que tiene que ver con el progresismo, me parece, y que no más al salir de Córdoba, de Rosario y de Buenos Aires una se empieza a enfrentar con otro tipo de mundo. Ese es el verdadero afuera, así es la gente genuina. Después bueno, puede haber alguien que te dice sí, somos todos, estamos todos incluidos en este sistema, estamos tratando de hacer lo mejor. Y, sin embargo, cuestiones que son muy básicas del buen vivir están siendo pasadas por alto, son ignoradas. Yo veo a mis amigas, las más viejas, las que tienen 60, las que tienen 70, las que tienen 50 incluso, con su dentadura deteriorada, con su vida deteriorada, sus casas destruidas, y digo bueno, ¿cómo?, si estamos todos hablando de que está todo bien, de que la Ley de Identidad de Género<sup>7</sup> nos cambió, de que el decreto de cupo laboral travesti nos está haciendo mejor como sociedad<sup>8</sup>. ¿Cómo puede ser que exista esto también? Y eso tiene que ver con que hay cosas que no han cambiado. Y, sobre todo, que no han cambiado por fuera de los pequeños circulitos de mierda en los que nos movemos. Porque son eso, son círculos de porquería que no son de verdad. Que no tiene que ver con los aspectos que una puede crear a su alrededor

6. Amante o pareja [N. del E.]

7. Ley N° 26.743, sancionada en 2012. La norma se ubicó entre las pioneras en el mundo en reconocer el derecho de las personas a ser inscriptas en su documento nacional de identidad de acuerdo con su identidad de género autopercibida [N. del E.].

8. La ley, de 2020, establece que las personas travestis, transexuales y transgénero que reúnan las condiciones de idoneidad deberán ocupar cargos en el sector público nacional en una proporción no inferior a 1% del total de los cargos [N. del E.].

en su vida, que es decidir estar cerca de personas que te traten bien y que te traten como la persona que sos, con lo que te merecés, ¿no?

*En un momento en Las malas hay otra frase muy fuerte que dice: «a las travestis no nos nombra nadie salvo nosotras».*

Sí, también está muy bien esa frase.

*¿Le gusta escuchar que lean sus cosas?*

Algunas, sí. Yo creo que, durante mucho tiempo, fue tan silenciado todo y sigue siendo tan silenciado que seguimos pidiendo que se nos nombre en los discursos políticos, que se nos nombre así como se dicen varones, mujeres, que también se diga travestis; seguimos pidiendo que reconozcan si nos desean, que reconozcan si nos cogen, que reconozcan que nos persiguen, que nos matan, yo digo, bueno, estamos reclamando verdaderamente que nos digan, que nos nombren, y que dejen de decir también «las travestis», que allí resumen una infinita diversidad de personas que están transitando de una manera tan diferente.

*En los relatos de Soy una tonta por quererte, su nuevo libro de cuentos, aparece también, al igual que en Las malas, un universo modelo «surrealismo mágico», digamos, especie de fábula siglo XXI con su universo más familiar.*

Bueno, es que es un universo que me interesa explotar y detonar también. Es decir, en el universo de las travestis

y de cómo se vinculan con el mundo me parece que hay mucho material todavía para escribir, para decir, para inventar. Pero, sobre todo, desde las travestis hacia el mundo y no al revés. Eso me parecía bastante interesante. Después, la presencia del paisaje, también. Yo creo que fui muy lastimada por ese monte en el que me crié. Lastimada para bien, digo, con gratitud. Esa herida que te hace un paisaje que es brutal, que es peligroso, y que te recuerda todo el tiempo que todo es naturaleza y que alrededor tuyo la naturaleza no es piadosa. Para eso están, si se quiere, las casas, las amistades, los amantes. Pero el poner un pie fuera de tu casa te expone a muchísimos peligros. Y eso sí me interesa muchísimo hacerlo y sí me interesa mucho ver a las travestis en un paisaje como ese. Muchas veces se me trata con muchísima indulgencia porque soy travesti, es decir me permiten decir cosas que a otra persona no se le permiten, me permiten escribir mal porque, bueno, porque soy travesti.

*Le gusta pelear, ¿eh?*

Me gusta pelear. Mirá, me gusta pelear porque se supone que la literatura es un terreno de conciliación con el mundo, con las ideas, con los afectos, y nadie habla del terreno de la crueldad que es la cultura también y la escritura, sobre todo. Entonces, bueno, yo estoy aprovechando ese espacio también para tirar arañazos. Digo la crueldad y hoy justo un amigo me decía «bueno, alguien tiene que hablar sobre la

crueledad travesti también, ¿no?». Entonces yo decía sí, yo reconozco que he sido muy cruel con mis padres, con mis amigos, con mis maestros, con el público, con gente que he amado, con mis amantes, con mis novios. Y en algún momento encontré que la herida yo se la tenía que hacer al mundo, ¿entendés? Y que esa herida tenía que tener mi nombre. Y eso hace que pueda dirigirme con crueldad hacia otros lugares, y eso me gusta.

*¿Tiene bronca con algún feminismo en este momento o qué es, qué es esa diferencia?*

No, bronca no. Sí creo que no me puedo quedar mucho en ningún lado. Eso primero. Luego entiendo que todo se estabiliza, que todo tiende a endurecerse, a cristalizarse y que es preciso hacer traiciones a todo eso, a los amores, a la familia, a nuestros hermanos, a nuestros compañeros de lucha, a nuestras compañeras de lucha. Que en el momento en que, yo digo el capitalismo pero también se dice tan poco cuando se dice capitalismo, cuando se dice neoliberalismo, pero cuando hay algo del mercado que comienza a meterse, y de la política sobre todo, digamos política, que toda política es capitalista, además. No existe, me parece, ningún otro tipo de política en este momento. Entonces, cuando la política se mete en esos movimientos, inmediatamente los enferma. Esta cosa que se dice de «todo es política». Yo no lo creo, no lo

creí y no lo voy a creer nunca eso de que todo es político, de que todo gesto humano es político y que todo gesto de cualquier ser con voluntad de vivir es político. Me parece que es decir una estupidez. Que eso no es tal. Que eso quedó viejo.

*¿Y por qué término cambiaría la palabra «político»?*

Por la cultura, o por la naturaleza.

*¿Por la naturaleza?*

Así es. Todo es naturaleza diría yo.

*¿Volvemos al monte?*

Sí. Yo creo que hay que comenzar a vincularse con los árboles de nuevo. Con los animales. Es una pena muy grande que desaparezcan especies que podrían estar vivas. Bueno, ahora mismo estamos con esos incendios en [la provincia de] Corrientes. Eso no puede pasar. Mirá, Svetlana Alexiévich tiene un libro que se llama *La guerra no tiene rostro de mujer*<sup>9</sup> y uno de los testimonios que se da en ese libro es de una de las soldados que participó en la Segunda Guerra Mundial contra los nazis en Rusia, que van con su ejército, pasan por un pueblo, siguen de largo, y cuando vuelven al pueblo los nazis ya habían pasado por ahí, habían matado a toda la población y los habían tirado en fosas. Y ella dice algo que a mí nunca se me olvida, dice

9. Debate, Barcelona, 2015.

«habían hecho con esos cuerpos cosas que nunca imaginamos que se podían hacer». Y se conmueve contándolo. «Y lo habían hecho delante del bosque», dice, «muy cerca de donde estaba esa fosa pastaban los caballos y ellos habían hecho sobre esos cuerpos todo delante de la mirada de esos caballos». Y pensar que nosotros somos más inteligentes y que tenemos más derechos que un bosque, o que un monte, o que un humedal, o que una especie que no es humana me parece una desinteligencia muy grande. Si todo el mundo está viviendo gracias a un gato, gracias a un perro que le da ganas de volver a su casa a la noche. ¿Cómo puede ser que pensemos que somos superiores a eso? Y no tiene que ver con el especismo, no tiene que ver con el veganismo, no tiene que ver con eso. Tiene que ver con saber que somos parte de un todo lo que tiene voluntad de vivir.

*¿Y quién es Camila Sosa Villada?*

Nunca voy a reconocer quién soy, pero puedo sí decirte quién no soy, que es algo muy saludable y lo aprendí a hacer escuchando a Marlene Wayar<sup>10</sup>. Yo no soy una persona que golpee niños, no soy una persona que robe, tengo un margen enorme para desplazarme por todas las posibilidades infinitas que tiene la cultura para

existir, y para fugarse también. Me sucede en el amor: yo siento que me están reconociendo y me desenamoro porque no quiero que nadie se enamore de una cosa que se cristaliza. Yo he ido cambiando constantemente, ¿sabés? Por diferentes cosas que han pasado en mi vida...

*En un momento de Las malas aparece una frase que dice: «Irse de todos los lugares, eso es ser travesti».*

Ahhh, qué bonito es, ¿verdad? Es una frase muy linda.

*Otra muy bonita es: «Nuestro cuerpo es nuestra patria», o: «El lenguaje es mío», todas cuestiones que tienen que ver con la afirmación, como definiciones de identidad.*

Exactamente, sabiendo que es una de las cosas más mortíferas que existe, la identidad, el ideal del Yo es algo que causa muchísimo dolor en las personas, por eso en algún momento me relajé y dije bueno, estoy siendo de esta manera, posiblemente puedo cambiar...

*Hace un tiempo, se definió como transescritora, a propósito de su libro de ensayos El viaje inútil: ahí sintió que estaba sucediendo algo, dice. Era 2017 y ya estaba*

10. Psicóloga social y activista travesti argentina, es autora del libro *Travesti: una teoría lo suficientemente buena* (Muchas Nueces, Buenos Aires, 2018). Es coordinadora general de Futuro Transgenérico, organización con la que formó parte del Frente Nacional por la Ley de Identidad de Género, y cofundadora de la Red Trans de Latinoamérica y el Caribe «Silvia Rivera». Es directora de *El Teje*, el primer periódico travesti de América Latina, desarrollado a partir de un taller realizado en el Centro Cultural Ricardo Rojas [N. del E.].

*escribiendo la historia de la Tía Encarna, la protagonista de Las malas.*

Ese año también estaba empezando a entrar a mi vida el feminismo, comenzando a entender algunas cosas que me sucedían, interpretándolas como algo social, como algo mucho más grande que no tenía que ver solamente conmigo, sino con algo estructural. Y yo pensé en la transescritura como un modo de hablar de qué sucede en la escritura cuando arriba una travesti, cuando una persona lee a una travesti porque verdaderamente la formación es inusual, es absolutamente inaudita para el resto de la sociedad, el acercamiento que pueda tener una travesti con el lenguaje, con la palabra, con la mentira, con el relato, con la ficción...

*¿Incluso en una travesti que, como usted, estudió Comunicación en la universidad?*

Sí, totalmente, sí, sí, es más, yo escribí algo así como que había aprendido a hablar como ellos, que es una cosa que a mí me resultaba muy sencilla, decir lo que ellos tienen ganas de escuchar. Cuando digo «ellos» digo todo el mundo que no era travesti, entonces yo sentía que era muy fácil. Había un par de cosas muy sencillas que hacer, que tener en cuenta y es con lo que inmediatamente decían: «ah, mirá, pero qué chica, es travesti pero mirá qué interesante que es, mira qué leída...»

*Qué culta.*

Qué culta, da gusto, no parece travesti. ☐

## PÁGINAS

Junio de 2022  
Lima  
Nº 266

REFLEXIÓN: Apuntes en torno a la *Praedicate Evangelium*, **Edmundo Alarcón Caro**. La sinodalidad como fruto del conflicto (Hechos 15). Hacia una hermenéutica sinodal de la Palabra de Dios, **Juan Bytton, s.j.** ¿Hacia dónde mirar? Reflexiones sobre nuestra crisis política, **Gonzalo Gamio Gehri**. El Sínodo sobre la sinodalidad. Un proceso de conversión eclesial, **Juan Miguel Espinoza Portocarrero**. Carlos de Foucauld, el hermano universal, **Rocío Valdeavellano**. Ucrania muestra que debemos rechazar la posibilidad de que la guerra pueda ser justa, **Marie Dennis**. TESTIMONIOS: Aguchita: con las manos llenas, **Gustavo Gutiérrez**. Paul Farmer. Partió un gran luchador por la salud global. Recordando a Paul Farmer, **Steve Reifenberg**. Toño, amigo entrañable, **Miguel Cabrera y Flor de María León**. INFORME: Dos graves retrocesos en la educación escolar, **Carmen Lora**. DOCUMENTOS: Escuchar con los oídos del corazón, Mensaje del **papa Francisco**. Responsabilidad, estabilidad y respeto por la gobernabilidad en favor del pueblo peruano, **Conferencia Episcopal Peruana**. Por el derecho a una educación de calidad, **Consortio Ignaciano de Educación**. Comunicado, **Iglesia Luterana del Perú**.

*Edita y distribuye Centro de Estudios y Publicaciones, Belisario Flores 681 – Lince, Lima 14, Perú. Tel.: (511) 4336453 – Fax: (511) 4331078. Correo electrónico: <paginas@revistapaginas.com.pe>. Página web: <www.revistapaginas.com.pe>.*



**Elena Poniatowska**

# Vida y obra de la princesa roja

*Entrevista a Elena Poniatowska*

Mariano Schuster

Quizás porque hizo muchas (a Nicolás Guillén, a Gloria Trevi, a Fernand Braudel, a Lola Beltrán) y sabe que no siempre es fácil conseguirlas, Elena Poniatowska responde rápido mi primera solicitud de entrevista. «Con gusto la haremos», y pone fecha, hora y lugar. Debajo de la dirección indicada, escribe: «Es solo a unas cuadras de las librerías Gandhi y Fondo de Cultura Económica. Sobre una calle empedrada». Tengo la respuesta de Poniatowska unos días antes de llegar a Ciudad de México, pero ahora mientras escribo ya estoy aquí. La casa en la calle empedrada, ubicada en la colonia de Chimalistac, linda con una capilla, la de San Sebastián Mártir, aunque en esta ciudad cualquier casa linda con una parroquia,

con la imagen de una virgen o con algún símbolo religioso más sincrético. He llegado temprano, media hora antes de la cita, así que decido entrar a la iglesia y esperar, después, en el parque que la rodea. Por fin voy hasta la casa y toco el timbre. Una voz del otro lado contesta, con cierta extrañeza, «¿Quién es?!» y, mientras me digo para mis adentros «esta no es la voz de Poniatowska», doy mi nombre y el del medio en que trabajo. «Vengo a ver a la señora Elena Poniatowska», aclaro ingenuamente. «Aguarde, por favor», responde la voz femenina. Unos instantes después, la puerta se abre y la mujer que me ha contestado me hace entrar. Se trata, esto lo sabré en unos segundos, de Martina, la señora que

---

**Mariano Schuster:** es periodista. Es editor de la plataforma digital de *Nueva Sociedad*. Fue jefe de redacción de las publicaciones socialistas argentinas *La Vanguardia* y *Nueva Revista Socialista*. Colabora con medios como *Letras Libres* y *Le Monde diplomatique*, entre otros. Es coautor de Mario Bunge y Carlos Gabetta (comps.): *¿Tiene porvenir el socialismo?* (Eudeba, Buenos Aires, 2013).

**Palabras claves:** exilio, literatura, periodismo, Elena Poniatowska, México.

trabaja en casa de Elena, que me traerá un vaso de agua y en un instante me dirá que «ahora baja, no se siente muy bien hoy».

Atravieso el enorme jardín lleno de plantas y de flores junto a Martina y entramos en la casa. «Siéntese», me indica. Y yo hago caso. El sillón está rodeado de almohadones bordados —unos con flores, otros con pájaros, uno con la cara de Andrés Manuel López Obrador—. El amplio comedor brilla por sus cuadros, sus adornos y una extensa biblioteca.

Tomo unas fotos del living que, por supuesto, salen mal. Veo, entonces, a Elena bajando las escaleras. Está vestida de rosa. Un buzo rosa, un pantalón rosa, solo faltan unos zapatos rosas. Pero no, lleva unas zapatillas deportivas blancas.

«Ay, disculpe, es que estoy un poco enferma hoy», dice mientras baja.

Ya siento que vine a importunar. La culpa es sabia. Pero es imposible recalibrar: mañana ya no estaré en México.

La autora de *La noche de Tlatelolco* y *Hasta no verte Jesús mío* y ganadora del Premio Cervantes 2013 se sienta en un sillón y, como experimentada entrevistadora, me hace algunas preguntas antes de que empiece a hacerlas yo. Toca así, mi temor: la dificultad de entrevistar a Elena Poniatowska reside en entrevistar a una entrevistadora. Puede que ella sea, como efectivamente lo es, una cronista y una escritora, pero quien haya leído algunas de sus

entrevistas reunidas en los volúmenes *Todo México*<sup>1</sup> sabe que el don de la pregunta la persigue. Y no hay nada más difícil que preguntarle a un preguntón o a una preguntona. Menos a ella, que hizo de la pregunta directa y de la intervención y los comentarios en las entrevistas un arte (como lo demuestra su «fallida» entrevista al escritor católico François Mauriac, Premio Nobel en 1952, en la que, después de confesarle que no lo había leído, terminó desarrollando una entrevista hilarante —mucho mejor que si hubiese salido «bien»—, que elogió el propio autor de *Nudo de víboras* y *El cordero*).

La suerte está echada, y para bien del entrevistador, el último libro de Poniatowska —a quien muchos han llamado la «princesa roja» de México— es *El amante polaco*<sup>2</sup>, en el que reconstruye parte de su genealogía familiar. Así que, mientras miro la omnipresente estatuilla de la Virgen de Guadalupe que tiene al lado —porque aquí no hace falta creer para ser guadalupano—, empiezo por lo simple: la familia.

*Usted nació en París, tiene orígenes mexicanos por parte de su familia materna, polacos por parte de su familia paterna —algo que reconstruye al hablar de los Poniatowski en su último libro El amante polaco— y una historia marcada por la participación tanto de su padre como de su madre en la lucha contra el nazismo en Francia. Imagino que todo eso debe haber forjado algo de su carácter.*

1. 7 vols., Diana, Ciudad de México, 1991-2002.

2. 2 vols., Seix Barral, Ciudad de México, 2019-2022.

Sí, claro, es una historia familiar muy extensa que siempre me ha interesado mucho y que suelo contar. Recuerde que entre mis antepasados está Stanislaw Poniatowski, que fue el último rey de Polonia. Él nació en 1732 y tuvo un reinado muy liberal, muy interesado también en la cultura. Estuvo muy enamorado, además, de Catalina la Grande. Su sobrino, Józef Poniatowski, fue mariscal de Napoleón y se tiró al río Elster antes que entregarse a los rusos. Y mi padre, Jean Poniatowski, nacido en Francia, estuvo implicado en la lucha contra el nazismo. Su intención era cruzar los Pirineos a pie para llegar a África y encontrar allí a De Gaulle y el ejército de la Francia Libre, pero fue capturado en Jaca, una ciudad española muy cercana a la frontera con Francia. Lo apresaron durante 60 días y allí, en la cárcel de Jaca, lo obligaron a saludar a diario a la bandera de España diciendo «Viva Franco». Era algo que despreciaba y se rebeló diciendo «Viva el cerdo», lo que llevó a que lo enviaran a limpiar las letrinas de la cárcel. Luego pudo escapar de allí y se unió al ejército de la Francia Libre y luchó toda la guerra contra los nazis. Mi madre, Paula Amor, también participó en la guerra. Ella se enroló en la Sección Sanitaria Automovilística Femenina que pertenecía a la Cruz Roja y todos los días, por la madrugada, salía en París en busca de los heridos. En 1942 mi madre, mi hermana y yo nos vinimos a México. Y durante cinco años no vimos a mi padre.

*¿Cómo fue aquel viaje? ¿Qué sintió al llegar a México?*

Vea, llegamos a México con mi madre y mi hermana Kitzia en 1942 en *El Marqués de Comillas*, un barco en el que viajaron muchos exiliados de la Guerra Civil española. Era, digamos, un barco de refugiados. Entonces yo tenía 10 años, es decir que era una niña. En ese momento una de las cosas que realmente me pareció maravillosa era la cantidad de naranjas que había y que se vendían en las esquinas de las calles. Nunca había visto tal cantidad de naranjas y creo que pensaba que era imposible que hubiera tantas. Me quedé, además, muy impresionada por la dulzura y la gran bondad de la gente. El trato con la gente de la calle y la forma en que las personas respondían y hablaban me impactaron. Pero al mismo tiempo me impresionó mucho la pobreza. Había mucha gente descalza por la calle, sobre todo niños y mujeres indígenas.

*Ya aquí en México usted se reunió con parte de su familia materna...*

Claro. Aquí yo tenía tías (las Amor) y tenía a mi abuela, Elena Iturbe de Amor, alguien que fue muy importante para mí. La recuerdo siempre por su gran corazón y por su dulzura. Ella tenía pelo rojo e iba con un sombrero de paja como el que usaba el actor francés Maurice Chevalier. Y hacía cosas increíbles. Por ejemplo, recogía de la calle perros cojos, tuertos, con sarna y los llevaba a la casa. Lo hacía a tal punto que llegamos a vivir, en un momento, con 43 perros y todos eran así. Creo que mi abuela, junto a otras personas

como Magda, mi nana, me presentó México como mi lugar en el mundo. Cuando vivíamos en París no se hablaba de México, yo no sabía ni que esto existía ni que mi madre era mexicana.

*¿Y aun así no tuvo la sensación de sentirse exiliada tras haber dejado París con su familia a causa de la guerra?*

No, no tuve la sensación del exilio. En primer lugar, porque era muy niña, yo ni siquiera sabía qué era eso del exilio, aunque hubiésemos venido por la guerra. La verdad es que solo sentía aquí que tenía una abuela muy cariñosa y un país con cosas maravillosas. Me encantaban los perros y sus ladridos, adoraba el sol de la ciudad y, como le decía, los puestos de naranjas y frutas tropicales en las esquinas. Vivía México como una novedad, lo vivía con mucha felicidad, pero sin sensación de exilio.

*¿Qué pasaba, en esa niñez y en su época de estudios, con la literatura?*

Bueno, en mi época de estudios yo ya sentía una inquietud literaria. Me gustaba mucho leer y escribir. Me apasionaba más la escritura que, por ejemplo, las matemáticas. Por supuesto, leía sobre todo lo de la escuela, y como estudiaba en inglés y en francés, leía a los prerrafaelitas, a Dickens, las fábulas de La Fontaine, a Victor Hugo.

*Años más tarde, a comienzos de la década de 1950, usted se involucra en el periodismo a partir de las entrevistas*

*que realiza en el periódico Excelsior. ¿Qué supuso para usted ese comienzo en el campo periodístico?*

Yo había visto artículos y entrevistas en el *Excelsior* que me habían gustado y sencillamente pensé que podría hacer eso. Además, mi madre conocía a Alfonso Reyes, a José Clemente Orozco, a los grandes pintores y muralistas de México, y yo creí que entonces podría hacerles entrevistas como la que ahora usted me está haciendo. Y así lo hice. Primero en el *Excelsior*, donde ingresé en 1953, y luego en *Novedades*, ya desde el año siguiente. El periodismo fue y es muy importante para mí. Yo me siento periodista. Pese a que mucha gente ha dicho que el periodismo no es bueno para ser escritor, para mí fue una verdadera escuela. ¿De qué otra manera hubiera tenido yo la posibilidad de entrevistar a tanta gente a la que admiraba si no era a través del periodismo? El periodismo a mí me lo ha dado todo. Yo soy principalmente periodista, aunque en general se tiende a menospreciarlo o a ponerlo en un segundo lugar. Fíjese que, gracias al periodismo, yo pude conocer a Dolores del Río, a Juan Rulfo, a María Félix, a Octavio Paz. Y eso nunca terminaba allí, porque se establecían relaciones. Esas personas me mostraban sus libros, sus obras, sus trabajos, me invitaban a comer, y se generaba un ambiente maravilloso. Octavio Paz, por ejemplo, me llevaba a la librería francesa, me develó autores como Balzac o como Breton.

*Usted hacía, además, unas entrevistas muy particulares, con preguntas más bien generales y con descripciones del entorno y del entrevistado que después fueron imprimiendo un estilo y un sello propio. Pero además hacía algunas preguntas que podríamos llamar simpáticas y risueñamente impertinentes.*

Sí, yo hacía entrevistas preguntando las cosas básicas. Esa forma de entrevistar no era buscada. Yo simplemente quería saber cosas del otro y hacía preguntas generales por mi ignorancia, por mi desconocimiento. Además, yo había estudiado principalmente en francés e inglés —en el Liceo Franco-Mexicano primero y en el Convento del Sagrado Corazón de Eden Hall en Filadelfia después— y había muchas cosas de México que no sabía. No conocía a todos los personajes a los que entrevistaba. Incluso decía algunas cosas mal en español porque no había sido mi idioma principal. Piense que yo aprendí el idioma en la calle: el español de las lavanderas, de los barrenderos, del jardinero, y quizás de ahí viene también mi apego a todos ellos. Y el español que hablaba con las muchachas.

Es cierto que hacía algunas preguntas que podían ser un tanto impertinentes. Una vez, entrevistando a Diego Rivera —que había pintado desnuda a mi tía, la poeta Pita Amor, lo que había causado un gran revuelo familiar—, le pregunté si sus dientes eran de leche porque los veía muy chiquitos. Esto nacía más de la ingenuidad, de la ignorancia. Y muchas veces generaba simpatía por parte del

entrevistado, porque no nacía de ninguna maldad.

Además, en los primeros tiempos, cuando hacía entrevistas, tomaba notas en libretas que todavía conservo, porque no había grabadoras. Aunque sabía taquigrafía, no había aprendido la buena: yo había estudiado la Gregg y la buena era la Pitman. Aunque ya un tiempo después conseguí mi primera grabadora, que era un cajón muy pesado, a punto tal que me alargó el brazo derecho.

*Todo fuera por preguntar...*

Sí. De niña me decían que era una niña preguntona, por lo que hacer preguntas fue un poco una consecuencia de ese carácter. Yo quería preguntar «¿cómo?», «¿por qué?», «¿para dónde?», «¿en qué lugar?». Yo tenía, y siempre las tuve, las preguntas básicas del periodismo. Al entrevistar a distintas personas, algunas incluso conocidas e importantes, yo hacía esas preguntas básicas que eran parte de mi inquietud o de la curiosidad que me inspiraba el otro. A mí lo que más me ayudó en la vida fue, finalmente, no centrarme en mí misma. Por eso en mi vida hay, tal vez, mucho más periodismo que literatura. Alguna vez un crítico, Emmanuel Carballo, me dijo: «Todos van a escribir su autobiografía precoz, tú por favor escribe la tuya». Y yo no escribí nada. No me salía nada, no sabía qué decir. Muchos lo hicieron. Los de la *Autobiografía precoz* eran unos pequeños libros que se publicaron todos juntos a fines de la década del 60. Pero a mí no me salía. Prestaba

más atención a los demás, sentía que tenía algo más interesante que hacer que hablar de mí misma.

*En ese ejercicio del periodismo usted comenzó a ir a la cárcel, al viejo Palacio Negro de Lecumberri. ¿Por qué tomó esa decisión, qué fue lo que encontró allí y cómo modificó su perspectiva del país y del mundo cultural y político? ¿Qué implicó para usted ver los márgenes de la sociedad que no eran retratados por la literatura y que rara vez aparecían en el periodismo?*

Comencé a ir a la cárcel de Lecumberri mientras trabajaba en la sección de sociales del *Excelsior*. Había recibido una carta de un preso, Jesús Sánchez García, en la que me invitaba a ver una obra de teatro de su autoría. Fuimos junto a Alberto Beltrán, un gran artista con el que hicimos el libro *Todo empezó el domingo*<sup>3</sup>. También fui muchas veces con Luis Buñuel, con quien tuvimos una larguísima amistad. Fuimos a ver juntos a Álvaro Mutis, el escritor colombiano que entonces estaba preso. Y además de hablar con muchos de los presos, en Lecumberri yo entrevisté, por ejemplo, a David Alfaro Siqueiros, que estaba preso por motivos políticos y que pintaba allí, en su celda.

Lecumberri implicó ingresar en un mundo nuevo y, para mí, fascinante. De hecho, yo no sospechaba que pudiera existir un mundo así. En el Palacio Negro aprendí mucho más que en el convento de monjas, donde solo me

hacían recitar de memoria el *Nuevo Testamento*, recitar oraciones y pedir perdón por pecados que todavía ni siquiera había cometido. Ver la realidad de la gente y su sufrimiento, pero también su alegría y su valor, constituyó un gran aprendizaje. Y comencé a escribir sobre ellos. Allí conocí, por ejemplo, a los líderes ferrocarrileros de la huelga de 1959, sobre quienes luego escribí mi libro *El tren pasa primero*<sup>4</sup>. Entre ellos estaba, por ejemplo, Demetrio Vallejo, el líder sindical oaxaqueño. Por eso a todos los jóvenes que se acercan y me dicen que quieren ser escritores les digo que no hay mayor escuela que la de ir a la cárcel.

Lecumberri, en definitiva, implicó entrar en otros mundos, en mundos muy distintos al mío. Traté de entenderlos, de captarlos y, sobre todo, de no traicionarlos.

*¿Qué implicaba ser mujer y periodista en aquel tiempo?*

Pues muchas cosas. Desde luego que en las entrevistas que hacía en la cárcel yo era la única mujer. Incluso algunos me preguntaban por qué iba a la cárcel, me decían que yo no tenía por qué interesarme en ese tipo de situaciones que eran muy ajenas, obviamente, a las que yo había vivido hasta ese momento. En el ámbito más general del periodismo había mujeres, pero no muchas. Estaba por ejemplo Elvira Vargas, que fue una gran reportera en la época de Lázaro Cárdenas. Pero en general

3. Océano, Ciudad de México, 1997.

4. Alfaguara, Ciudad de México, 2005.

eran pocas y se dedicaban más bien a sociales o a arte. Sociales era una sección sobre bodas, sobre cócteles, sobre todo ese tipo de eventos. Mi sección, al principio, era, de hecho, la de sociales. En aquel tiempo los directores y los periodistas no valoraban a las mujeres periodistas, a punto tal que solían decir que eran periodistas «MMC», que significaba «mientras me caso». La idea era que se iban a casar y que, mientras tanto, estaban haciendo eso, pero que no iban a continuar allí. Tenían la idea de que las mujeres periodistas no iban a llegar a ser nada. Esa situación, afortunadamente, ha cambiado mucho. Hoy hay muchísimas periodistas, hay directoras de periódico, pero en esa época no era así.

*¿Fue toda esa combinación de factores (la historia familiar, el reconocimiento de la pobreza, el ejercicio del periodismo en la cárcel, la evidencia de que las mujeres tenían menos posibilidades) la que fue ubicándola usted en lo que podríamos llamar un pensamiento de izquierda?*

Yo creo que simplemente mis intereses me llevaron allí. Realmente yo no sabía muy bien qué era, solo que me interesaba un grupo social muy distinto al mío. Yo era una niña privilegiada y me encontré interesada en gentes con vidas muy ajenas a la mía. Era gente que sufría, que trabajaba muy duro. Por supuesto que en mi familia también se trabajaba y mis padres habían sufrido los horrores de la guerra, pero

teníamos una situación muy superior a la de las personas que me escribían cartas, a las que yo trataba en la cárcel, con las que conversaba habitualmente en zonas populares. Lo que me decía esa gente me interesaba, me apasionaba muchísimo y era muy superior a lo que yo podía escuchar en las fiestas de niñas de 17 o 18 años a las que yo iba. Creo que eso fue lo que sucedió.

*En ese encuentro de vidas y mundos diferentes al suyo ingresa uno de sus libros más importantes. Me refiero a Hasta no verte Jesús mío<sup>5</sup>, en el que relata la vida de una soldadera de la revolución mexicana llamada Josefina Bórquez, a la que usted en su novela rebautiza como Jesusa Palancares. ¿Cómo conoció a Josefina? ¿Y por qué decidió escribir su historia en un momento en el que la mayor parte de las obras asociadas a la revolución contaban las grandes batallas de generales y héroes masculinos?*

Tal como dice, el verdadero nombre de Jesusa Palancares —el personaje de mi novela— era Josefina Bórquez. Yo la oí por primera vez gritando en una azotea y quedé impactada por las cosas que decía. En ese momento ella trabajaba de lavandera y todo lo que ella decía me conmovía, me importaba. Hablaba con mucha autoridad, era fuerte, su forma de expresarse me impresionaba. Finalmente la conquisté para ir a verla y hacerle preguntas, para entrevistarla y escuchar su vida. Me contó su historia y todas sus palabras me resultaban las

---

5. Era, Ciudad de México, 1969.

de una mujer con un enorme carácter y una gran dignidad. Ella había sido soldadera, es decir, una «mujer soldado» de la Revolución Mexicana. Esas mujeres no solo habían sido muy olvidadas en la historia, sino que también habían sido despreciadas. Se las consideraba casi como a prostitutas, de ahí las frases que las definían como «colchón de tripas» (que solo servían para la cama de un soldado). Pero sin ellas no hubiera habido revolución.

*En la novela, cuando el marido de Jesusa muere en combate, ella decide quedarse sola. Jesusa se plantea una vida independiente (llega a decir literalmente «Por eso yo soy sola, porque no me gusta que me gobierne nadie») y encuentra también liberación en la fe, específicamente en el culto de la Obra Espiritual, donde las mujeres tenían un lugar privilegiado y se creía en la reencarnación. ¿Qué supuso para usted encontrarse con ese plano que combinaba fe y liberación?*

Bueno, fue muy interesante. Eran grupos religiosos en los que las mujeres tenían un lugar preponderante, un lugar importante. Todavía hoy hay grupos de las llamadas «marianas trinitarias» que se reúnen en el mismo sentido. Las mujeres se sienten muy gratificadas porque pueden ser sacerdotisas. Es decir, ellas pueden hablar y hacer el bien. Son, digamos, feministas anteriores al feminismo. Es

algo popular y religioso, y se produce entre la gente más pobre. Yo fui a sus templos y me resultó muy conmovedor ver cómo ellas podían tomar la palabra y hablar desde el altar.

*¿Mantuvo la relación con Josefina durante toda su vida?*

Sí, estuve en contacto con ella hasta el día en que murió. Fue alguien muy importante para mí. Muchas veces pienso en ella, como pienso en mi madre. Durante una época en la que estuve durante un tiempo en el extranjero yo le enviaba cartas y postales y ella me respondía. Me contaba cosas que creía que podían interesarme, como novedades políticas. Como ella no sabía leer y escribir, las cartas se las dictaba a los evangelistas de la Plaza Santo Domingo, que eran los mecanógrafos.

*El 2 de octubre de 1968 se produjo la masacre de Tlatelolco, en la que alrededor de 300 estudiantes fueron asesinados a manos del Ejército y del grupo paramilitar conocido como el Batallón Olimpia durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. De esa experiencia nació su libro La noche de Tlatelolco<sup>6</sup>, un clásico de la escritura periodística latinoamericana. ¿Cómo vivió aquellas jornadas que ocurrieron en la Plaza de las Tres Culturas y cómo fue produciendo ese libro basado en testimonios que le valió un enorme reconocimiento público?*

6. Era, Ciudad de México, 1971.

El 2 de octubre por la noche me hablaron unas amigas que estaban realmente preocupadas y horrorizadas con lo que habían visto. Fueron ellas quienes me comentaron lo que estaba pasando. Decían que había sangre en las calles, en los pasillos y las escaleras, que estaban perforadas las puertas de los elevadores, que había zapatos que quedaban tirados y que pertenecían a la gente que escapaba de la masacre. Fueron ellas quienes me comentaron que habían desnudado y apresado a los que consideraban como líderes de la protesta. Esa noche yo estaba amamantando a mi hijo Felipe, que era todavía muy bebé, y no podía ir hacia allí. Pero a la madrugada siguiente, luego de amamantarlo, fui hasta la zona. Entonces, encontré un paisaje como el que me habían descrito. Era verdaderamente una escena de guerra. Todavía estaban los tanques y los soldados, y los zapatos de los que me había hablado mi amiga estaban allí amontonados. En el suelo había vidrios rotos de las diferentes tiendas. Durante esa mañana llegué a ver a un soldado que desde una caseta de teléfono público decía: «Pásame al niño, pásame al niño que no sé cuánto tiempo nos tendrán aquí». Ya desde ese día empecé a visitar a distintas personas y fui interiorizándome de lo que había sucedido. Al mismo tiempo recibía gente en mi casa, gente que había estado allí durante la masacre. Fui, entonces, tomando sus testimonios y escogiendo aquellos que me resultaban más importantes e interesantes, pero sobre todo los que

tenían una mayor carga emotiva. Los domingos, que era el día de visitas en la cárcel de Lecumberri, iba a hablar con los detenidos. El resultado fue un libro coral, un libro de testimonios. Es un mosaico de voces que van construyendo una historia. Las primeras personas con las que hablé, y sin dudas las que más me conmovieron, fueron las madres de los jóvenes que me decían: «Ya me quitaron a mi hijo, ya no me pueden quitar nada más». Ellas tenían una enorme valentía.

A mí, en lo personal, toda la cuestión de los estudiantes me afectaba porque hacía pocos meses había muerto mi hermano Jan en un accidente automovilístico. Él tenía 21 años y cuando yo escribía el libro lo tenía muy presente.

*La masacre, además, se produjo en un momento muy particular del país...*

Claro, hay que recordar que estaban muy próximos a realizarse aquí en México los Juegos Olímpicos. Y estaba en el país Oriana Fallaci, la gran periodista y entrevistadora italiana. Ella intentó que los deportistas italianos no vinieran. Fallaci, que había estado en muchas guerras, dijo que nunca había visto que se disparara desde arriba contra la gente, contra la multitud. Y que lo había visto en México.

*La noche de Tlatelolco se publicó en Era, una editorial de izquierda, progresista, históricamente muy comprometida. Hubo incluso amenazas para no publicarlo, ¿no es cierto?*

Claro. Neus Espresate, de editorial Era, vio todos los papeles en mi casa con entrevistas y testimonios que no podía publicar en la prensa porque se había prohibido hablar del tema en los periódicos, y me dijo que ella iba a publicarlo. Y los amenazaron antes de que se publicara. A Tomás Espresate, que era el director editorial de Era, le dijeron que le iban a volar la imprenta. Y él, que había vivido la Guerra Civil española, dijo: «Yo ya decidí: este libro se publica».

*Y luego de publicado el libro, quisieron premiarla y rechazó el premio.*

Sí. Era el Premio Xavier Villaurrutia. Creía que no estaba bien aceptarlo. Yo les escribí y les dije que quién iba a premiar a los muertos.

*En su obra usted retrató a muchas mujeres. Me refiero a Leonora Carrington, a quien le dedicó su novela Leonora<sup>7</sup>, a Elena Garro, sobre quien escribió en Paseo de la Reforma<sup>8</sup>, a Rosario Castellanos, a quien retrató en Ay vida, no me mereces!<sup>9</sup> Ha habido en su literatura una tendencia a recuperar a una serie de mujeres, algo que se ve también muy explícitamente en su libro Las siete cabritas<sup>10</sup>. ¿Cuál es su motivación en este sentido?*

Sucede que en México había una tendencia a barrer a las mujeres fuera de la

historia. Una tendencia a decir aquello que le comentaba anteriormente, que las soldaderas eran «colchones de tripas de los soldados» y cosas similares. Así que me preocupé por esas mujeres. Por supuesto por Rosario Castellanos, a quien quise mucho, pero también por Lupe Marín, la primera mujer de Diego Rivera, sobre quien escribí *Dos veces única*<sup>11</sup>, dado que ella misma había escrito una novela que se titulaba *La Única*. También, claro, escribí sobre Elena Garro, que había estado muy comprometida con los indígenas, a quienes veía y frecuentaba desde niña en Iguala. Ella fue una gran escritora y siempre recuerdo que hablaba en voz muy baja, a veces era casi inaudible. Sobre Leonora Carrington escribí mi libro *Leonora* y siempre la consideré como una figura extraordinaria. Ella había estado muy enamorada de Max Ernst, el poeta y pintor surrealista, que fue detenido por judío. Leonora se convirtió en una gran defensora de los judíos de una forma muy conmovedora y fue una gran combatiente contra Hitler y el nazismo. Vino a México ayudada por un gran poeta mexicano con el que estuvo casada y al que no se le hace suficiente caso: Renato Leduc. A ella la habían internado en un manicomio en España y fue Leduc quien la ayudó a venir hasta México. Yo la quise muchísimo.

7. Seix Barral, Ciudad de México, 2012.

8. Plaza y Janés, Barcelona, 1996.

9. Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1985.

10. Era, Ciudad de México, 2000.

11. Seix Barral, Ciudad de México, 2015.

Solía verla, pasaba horas en la cocina de su casa, conversábamos allí sobre los temas más diversos.

*No sé si ya en su edición de 1954, pero Leonora Carrington ilustró su primer libro, Lilus Kikus<sup>12</sup>...*

Claro. Ese fue mi primer librito. Era una historia infantil. Salió apenas yo me había iniciado en el periodismo e inició la colección «Los Presentes», donde escribieron después Carlos Fuentes, que publicó *Los días enmascarados*, y José Emilio Pacheco y muchos otros que se harían famosos y muy reconocidos.

En este momento, la puerta se abre. Un chico muy joven entra en la casa, pasa a la cocina, saluda a Martina y luego viene hacia el living. Elena dice «Pásale, pásale, siéntate, Axel». Él me saluda, yo también lo saludo. Dentro de un rato, cuando esta entrevista termine —él se quedará escuchando todo muy atentamente y además tendrá la amabilidad de tomar fotos para mí—, me enteraré de que en su vocación está el aprendizaje. Llama a Elena «maestra». «La maestra me enseña muchas cosas», dice. Pero ahora, mientras se sienta en el sillón, un pequeño animal aparece en la escalera y baja. Se detiene en el medio de la escena, mira a un lado y otro y salta al sillón donde está Elena. Mueve la cola y la molesta:

«Quítate, Vais», dice Elena. Yo he leído que Elena tenía, al menos hasta hace un tiempo, a Vais, una gata, y a Monsi, un gato. Aquí solo veo a Vais y no sé si estará Monsi o algún otro. Y decido preguntarle...

*Hay alguien a quien se siente permanentemente en esta casa, dado que veo que tiene un gato que se llama Vais. Me refiero, claro, a Carlos Monsiváis, el gran ensayista mexicano de quien usted fue íntima amiga. ¿Cómo fue esa amistad, esa relación de tantos años? ¿Y qué representó Monsiváis para la literatura mexicana?*

A Monsiváis lo quise mucho, muchísimo. Socialmente, lo tenía todo en contra: era homosexual, había nacido pobre, era hijo de madre soltera y había sido educado en el protestantismo que profesaba su madre, la admirable María Esther. Quizás ahora uno podría decir que eso no era estrictamente en contra, pero sí que lo que traía consigo era algo que se salía del montón, del común. Eso lo hizo un ser muy extraordinario. Yo diría que Monsiváis se hizo a sí mismo y eso para mí resultaba muy conmovedor. Y además era muy generoso.

El sentido crítico de Monsiváis era realmente extraordinario. Era un hombre muy culto, pero además era capaz de hacer algo con una sola idea. Era un hombre que sabía de pintura,

---

12. Los Presentes, Ciudad de México, 1954..

de literatura, de política. Su cultura era formidable. Se sabía, por su educación protestante, pasajes enteros de la Biblia de memoria. Y tenía muchísimo sentido del humor. Todo eso lo ayudaba mucho a escribir sus crónicas, sus ensayos, que eran muy leídos. Y hay que tener en cuenta que Monsiváis no había tenido acceso a grandes escuelas ni a viajes, como sí lo habían tenido Octavio Paz o Carlos Fuentes. Él no se metió en la diplomacia, algo que desde Alfonso Reyes muchos escritores hicieron. Y, además, de todos ellos fue el más político, fue el primero que se unió a Andrés Manuel López Obrador y el que más participó en las movilizaciones y marchas por causas muy nobles y dignas. Era muy habitual ver a Monsiváis en marchas del movimiento gay, en marchas de defensa de las mujeres y escribiendo a propósito de eso. Todas sus causas fueron también las mías. Para mí, ser amiga de Monsiváis, que era un enorme ensayista y un hombre de una extraordinaria cultura, fue maravilloso. Fue un verdadero honor.

*Recuerdo que en uno de los volúmenes de Todo México —la compilación de sus entrevistas publicada en varios tomos— está incluida una exquisita entrevista suya a Juan Gabriel, a la que acude con Monsiváis porque es él quien la contacta con el músico.*

Si, fuimos a ver a Juan Gabriel a su casa de Toluca. Ellos eran amigos y a mí me interesaba mucho Juan Gabriel

y le pedí a Monsiváis que nos contactara. Juan Gabriel era muy popular, todos lo querían muchísimo. Tenía un público cautivo enorme. Cuando lo vi sentí la misma simpatía por él que sentía todo el público, sobre todo las mujeres, pero también los hombres. Ellos también le gritaban «¡Papasito!», lo adoraban. Fuimos a esa casa suya en Toluca, un lugar precioso, y recuerdo que me siguió cayendo muy bien porque el lugar estaba amueblado con muy buen gusto. Yo pensé que iba a haber unos decorados teatrales, cortinas de terciopelo rojo cayendo por todas partes, y me encontré con una casa muy sencilla y funcional. Y él me gustó mucho, nos caímos realmente muy bien.

*Elena, usted siempre se ha declarado feminista y hace décadas formó parte de la importantísima revista Fem. ¿Cómo ve hoy las demandas de los movimientos feministas?*

Yo estoy cercana a Marta Lamas, que es mi amiga, y a muchas feministas. Pero yo no soy una teórica, así que lo que yo quiero es que todas las mujeres tengan los mismos derechos, que les paguen los mismos salarios que a los hombres. Hoy en México las mujeres ganan menos que los hombres haciendo los mismos trabajos. Me alegra que hoy haya tantas mujeres contando sus experiencias sobre la maternidad, que se hable más libremente, que puedan decir las cosas que sienten y que les suceden. Creo que la lucha contra los feminicidios es muy importante. En

México las mujeres están cansadas de todas estas situaciones de violencia.

*Su implicación ha sido también política. Usted apoyó a Cuauhtémoc Cárdenas primero y a Andrés Manuel López Obrador después. Aquí veo que tiene un almohadón bordado con la cara de AMLO. ¿Cómo ve su presidencia?*

Yo creo que hasta ahora López Obrador se ha entregado a las causas que desde un principio dijo que iba a defender. Es decir, las causas de los más pobres, las causas de los trabajadores. Ha seguido haciendo las mismas giras. Ha sido muy fiel a sus propuestas. Y claro, yo lo apoyé desde el principio. Pero no era la única. Estaba también una mujer como Jesusa Rodríguez, una gran actriz que es, además, una espléndida oradora. Hubo muchísimas mujeres ahí, muy valiosas, acompañando. Por supuesto que creo que tiene cosas para revisar, para cambiar, para modificar. Creo que debería escuchar siempre las demandas, unir a la gente.

*Acaba de cumplir sus 90 años y se la ve aquí rodeada de libros, de papeles y sobre todo de ideas. ¿Cuáles son sus proyectos?*

Sigo escribiendo artículos y entrevistas, tengo una obligación con el periódico en el que escribo. Y tengo diez nietos, tres hijos, y como justo ahorita mientras hacemos esta entrevista estoy un poco enferma, mi obligación es salir adelante. Son obligaciones de vida.

Todos tenemos la obligación de vivir primero que nada. Porque si usted no vive, ¿cómo va a escribir, cómo va a ser periodista, cómo va a hacer preguntas?

Apago el grabador un tanto emocionado por la última respuesta. Me quedaré charlando con Elena y Axel, que abrirá, por pedido de la maestra, una cortina del comedor: «Muéstrale, Axel, muéstrale». La cortina se abre y aparece una nueva biblioteca y una cantidad inconmensurable de cajas llenas de libros y papeles. Pienso en los secretos escondidos que pueden contener: libretas con anotaciones de una vieja entrevista a María Félix o a Siqueiros, una carta de Josefina Bórquez, antiguas fotos de familia. Detrás de una cortina siempre puede esconderse un misterio.

Antes de irme miraré sus cuadros, Axel nos tomará unas fotos, ella seguirá defendiendo el periodismo a capa y espada. Yo le daré mi ejemplar de *Hasta no verte Jesús mío* y me lo firmará, como ha firmado siempre los ejemplares de tantas y tantos. Axel hablará de la posibilidad de escribir un día una novela o una autobiografía de desamor, Elena le dirá que le queda mucho por vivir. Y seguirá hablando de cosas, contando anécdotas, pero mi grabador ya está apagado y tendré que recordarlas más tarde e incluirlas aquí, como se pueda. Elena toserá un poco de nuevo y yo pensaré que, efectivamente, no es el mejor día, pero un cliché conservador me

indicará que no hay día mejor que el día posible.

Intentaré no incordiar más y le daré un beso a ella y otro a Axel, y después otro a Martina, les agradeceré por todo y me iré como quien ha hecho lo suyo. Atravesaré el jardín, me quedaré un rato en el parque y en la parroquia buscaré a Monsi, el gato desaparecido de Elena. «Quizás no pudo soportar el confinamiento obligatorio o alguien se

lo haya robado mientras el gato rezaba por sus pecados en alguna de sus largas siestas frente a la parroquia», me ha dicho antes. No lo encontraré, un poco incrédulamente le pediré a Dios que lo devuelva a casa y caminaré por la ciudad. Entraré en un bar y me encontraré con amigas y amigos, tomaré un mezcal y pensaré en Elena y en su recomendación: «Siempre hay que hacer preguntas». ☒



REVISTA DE CULTURA Y CIENCIAS SOCIALES

2022

Gijón

Nº 111

RESILIENCIA E INNOVACIÓN EN TIEMPOS  
DE AMENAZAS EXISTENCIALES

#### SUSCRIPCIONES

Suscripción personal: 40 euros

Suscripción bibliotecas e instituciones: 55 euros

Suscripción internacional: Europa - 70 euros (incluye gastos de envío)

América y otros países - 90 euros (incluye gastos de envío)

Suscripción digital: 25 euros

Ábaco es una publicación trimestral de CICEES, C/ La Muralla Nº 3, entlo. 33202 Gijón, España. Apartado de correos 202. Tel./Fax: (34 985) 31.9385. Correo electrónico: <revabaco@arrakis.es>, <revabaco@telecable.es>. Página web: <www.revista-abaco.es>.



**Gioconda Belli**

# Lejos de una Nicaragua irreal

*Entrevista a Gioconda Belli*

Carolina Arenes

Vivió en Madrid cuando era una adolescente. Como muchas hijas de familias acomodadas en la Nicaragua de la década de 1960, estudió en un internado de señoritas en la gris España del franquismo y muchas veces después, a lo largo de la vida, soñó con volver a vivir un tiempo en Europa. Pero no imaginó que esa segunda oportunidad se materializaría de este modo, en la forma de otro exilio, el segundo exilio de su vida, esta vez ya no en México y Costa Rica, escapando de la dictadura de Anastasio Somoza en tiempos de su militancia en el sandinismo, sino como parte de la oposición política nicaragüense de hoy, perseguida y encarcelada por el régimen de su

ex-compañero de ruta, el actual presidente de Nicaragua Daniel Ortega.

Gioconda Belli nació en Managua en 1948 y es hoy una escritora exitosa y premiada —poeta, narradora, ensayista—, reconocida con algunos de los galardones literarios más prestigiosos del mundo y autora de una obra prolífica. Entre sus poemarios se cuentan *Sobre la grama* (1972), Premio Mariano Fiallos Gil de Poesía de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua; *Línea de fuego* (1978), Premio Casa de las Américas, y *Mi íntima multitud* (2002), Premio de Poesía Generación del 27. Entre los textos de ficción, destacan *La mujer habitada* (1988), su primera y emblemática novela, Premio Novela Política del Año de

---

**Carolina Arenes:** es licenciada en Letras y periodista. Es coautora de *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina* (con Astrid Pikielny, Sudamericana, Buenos Aires, 2016). Conduce el ciclo «Mundo migrante» en Radio Ciudad (Buenos Aires).

**Palabras claves:** literatura, sandinismo, Gioconda Belli, Nicaragua.

los Libreros, Bibliotecarios y Editores de Alemania (Fundación Friedrich Ebert); *El infinito en la palma de la mano* (2008), Premio Sor Juana Inés de la Cruz, y *El país de las mujeres* (2010), Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla, entre muchas otras.

Desde que una jovencísima Gioconda Belli sorprendió a la comunidad literaria de su país con la fuerza y el desenfado de sus primeros poemas, construyó una obra literaria en la que naturaleza, sensualidad y rebelión encuentran un cauce común, una voz poética poderosa y a la vez delicada, profundamente vital, que no renuncia a la alegría y que no tiene por objetivo escandalizar, pero tampoco está dispuesta a silenciarse por temor al escándalo.

Y eso, esa seguridad, esa valentía, pueden leerse tanto en el plano de sus visiones sobre el feminismo como en sus ideas políticas, antes y ahora.

Así, si sus poemas de juventud sacudieron a la conservadora sociedad nicaragüense de los años 70 con esos versos candentes sobre el cuerpo femenino, el deseo y el erotismo, hoy, a los 73 años, la «poeta del erotismo», como se la llamó en algún momento, corre la discusión hacia allí donde se vuelven a instalar los tabúes: habla de menopausia aunque incommode y reivindica el derecho al erotismo más allá de la edad. Ya escritora consagrada, madre y abuela, sigue siendo una feminista lúcida que cree en el poder del ser y del cuerpo femenino y en su capacidad para construir una sociedad mejor, como imaginó en *El país de las mujeres*, novela en la que las líderes del Partido de la Izquierda Erótica limpian

y sanan a ese país de su imaginación, Faguas, tan parecido a Nicaragua.

Y así también, si a los veintipico de años la mujer casada y ya madre de dos hijas enfrentó los mandatos de su época y de su clase al abrazar la causa revolucionaria, y estuvo dispuesta a correr riesgos, a ver morir a muchos compañeros y a pagar el precio del exilio, la intelectual de hoy se atreve a enfrentar los tabúes de su propia tradición política y a denunciar «la ceguera de la izquierda para consigo misma».

A más de 20 años de la publicación de *El país bajo mi piel*, el libro de memorias que selló su revisión crítica de la experiencia sandinista, y cuando la deriva autoritaria del régimen nicaragüense profundiza la represión desde las protestas ciudadanas de 2018, la ex-compañera sandinista define a Ortega como un dictador sin escrúpulos y anticipa que está por publicar un nuevo libro, *Luciérnagas*, en el que reúne artículos que dan una idea de cómo y por qué sucumbió el sandinismo.

Crítica de los gobiernos de Cuba, de Venezuela y, por supuesto, del de Nicaragua, encuentra en cambio en la experiencia de Gabriel Boric en Chile un indicio de esperanza para una izquierda democrática posible.

En esta entrevista, habla de su vida actual en Madrid, de las lecciones del pasado y de la necesidad de nuevos paradigmas: «Todavía me queda la esperanza de que de la izquierda fallida y estancada pueda salir la palabra ardiente que dibuje alternativas capaces de despertar la energía y la imaginación de la gente».

*¿Cómo vive este segundo exilio?*

Lo que ha pasado en Nicaragua desde la rebelión popular de 2018 nos ha enfrentado a muchos con una profunda sensación de irrealidad. Ya era irreal para mí ver los símbolos del sandinismo y de la revolución usados como parafernalia decorativa. Rosario [Muriillo, esposa de Ortega y vicepresidenta de Nicaragua] resignificó al sandinismo y lo vistió de colores psicodélicos y lo volvió religioso y corporativo, para retomar el poder en 2007. Daniel [Ortega, presidente de Nicaragua] fue un lobo que se vistió de oveja. Tuvieron éxito engañando a una parte del pueblo, pero en 2018, a la más leve provocación, reaccionaron con tal violencia que ellos mismos generaron un movimiento de rechazo que los hizo tambalearse. Para salvar su poder, desde entonces, han recurrido sin escrúpulos a todos los medios posibles de represión, sin importarles la justicia, el país o la opinión pública internacional. Para mí, este exilio es una prolongación de esa sensación de irrealidad, de que mi país, por cuya libertad tantos murieron y muchos entregamos nuestra juventud, haya terminado en manos de dos desalmados. Uno quisiera no creer en lo que está pasando. El exilio tiene esa misma cualidad irreal, extraña.

*¿Y cómo impacta en su escritura, en las ganas de escribir?*

Todavía no sé evaluar plenamente el efecto del exilio sobre mi obra, pero mi disposición a esta nueva fase a la

que me han obligado mis decisiones y posiciones es positiva. He perdido una situación vital en la que estaba tranquila, al menos en términos materiales, con mi casa en Nicaragua, mis libros, mis cosas ya en el lugar donde pensé pasaría el resto de mi vida, pero era difícil aceptar lo que iba sucediendo en el país y bueno, la pandemia fue paralizante y no conducente a la quietud creativa. Pero la vida nos da y nos quita. Hace años pensaba cuánto habría querido vivir en Europa alguna vez. Pensé que nunca sucedería y aquí estoy. Me estoy desintoxicando de una situación política infame que ocupaba todo mi tiempo y no me dejaba ver el mundo alrededor. Creo que para mi vida profesional estar en Madrid ha sido enriquecedor. Es un gusto leer buenos periódicos, tener acceso a discusiones valiosas, pensar más allá de la caja y de una forma más global, pues si en mi país hay autoritarismo, el fenómeno de estos regímenes *rogue*, que violan todas las reglas y se sienten impunes tras la cortina del derecho a la soberanía que proclaman, se está extendiendo. Creo que hemos entrado a una época en que los humanistas estamos obligados a intentar perfilar paradigmas nuevos, actitudes diferentes. Todavía me queda la esperanza de que de la izquierda fallida y estancada pueda salir la palabra ardiente que dibuje alternativas capaces de despertar la energía y la imaginación de la gente. Ese discurso movilizador es el que siento que no halla aún las palabras para visualizar una realidad más feliz, más igualitaria, más justa y participativa.

En mi novela *El país de las mujeres*<sup>1</sup>, las protagonistas miembros del Partido de la Izquierda Erótica proclaman una nueva ideología: el felicismo. La felicidad por encima del pensamiento economicista, el cuidado como ética social, la tecnología como vehículo para ampliar la democracia... en fin.

*¿Y cómo fue en lo personal la experiencia de emigrar otra vez, pero a los 72 años, cuando ya había elegido Nicaragua para vivir hasta el final?*

Cuando tuve que salir de Nicaragua, en 1975, yo tenía dos niñas pequeñas que tuve que dejar con mis padres. Las volví a ver siete meses después cuando logré asentarme y conseguir trabajo en Costa Rica. Yo trabajaba de día en una oficina de publicidad, pero mi vida estaba en función de Nicaragua, en preparar la lucha contra Somoza. Había un sentido épico, un propósito claro en esa vida lejos del país. Ahora es diferente porque no siento que en esta etapa me corresponda esa lucha contra la nueva dictadura; le corresponde a la gente joven, aunque no deje de estar comprometida. Yo sigo luchando, pero ya desde otra posición. Y esta lucha es más dura porque los métodos represivos son más sofisticados, las mentiras del régimen y sus acciones han desmovilizado a la oposición. Ya no hay organización de base, y al elegir la lucha cívica se hace muy difícil competir contra un ejército y una policía dispuestos a defender el poder

de Ortega para conservar los capitales y prebendas con que los han corrompido. En ese sistema, ya no matan selectivamente; matan a mansalva. Esa amenaza es sobre la que sostienen el poder. Es atroz.

*El exilio de hoy se vincula con sus críticas a la deriva cada vez más violenta y autoritaria del gobierno de Daniel Ortega. ¿Qué le cuentan los que se han quedado allá y cómo imagina que puede evolucionar la situación?*

En Nicaragua reina el miedo. Los gobernantes están aterrados ante la idea de perder el poder. Su libertad depende de que nadie más que ellos sea libre. Ese rumbo es un abismo que solo lleva a que se hunda todo sentido de independencia ciudadana, se corrompa el Estado y su personal a todos los niveles, se empobrezca y hasta desaparezca la posibilidad de futuro. Ortega y Murillo están enfermos de miedo. No pueden gobernar ya. Eso hará que se echen en brazos de quien proteja su impunidad y eso hará que el país sea explotado por el mejor postor. Nicaragua seguirá existiendo, pero esta dictadura está matando la idiosincrasia de ese pueblo: su valentía, su alegría, su energía. Va a ser un país castrado. Estamos viviendo algo parecido al Terror después de la Revolución Francesa combinado con una restauración de la monarquía, porque la pareja y su familia se comportan como una familia real medieval. Pero estas situaciones engendran su propia

---

1. Norma, Bogotá, 2010.

destrucción. La historia lo enseña. Ellos pasarán. Sanar y reconstruir tomará tiempo.

*Usted ha sido muy crítica de Venezuela, de Cuba, de la Nicaragua de Ortega, pero ha dicho que le despierta esperanzas el proceso iniciado por Gabriel Boric en Chile y estuvo en Santiago en marzo para su asunción. ¿Qué tipo de izquierda ve en la propuesta de Boric y por qué la entusiasma? El reciente rechazo de la ciudadanía a la propuesta de una nueva Constitución que debía reemplazar la de Augusto Pinochet, una Constitución que buscaba incluir una gama más amplia de voces en la norma fundamental del país, ¿puede leerse como un límite a los proyectos progresistas y la ampliación de derechos?*

A pesar de cuánto queramos pensar que las personalidades no determinan los resultados políticos, pienso que la realidad ha demostrado a menudo lo contrario. Gabriel Boric, como persona, ha dado muestras de estar comprometido con la democracia y los derechos humanos. Sus críticas a Nicolás Maduro y Ortega, desde la izquierda y desde los derechos humanos, han sido importantísimas y se han desmarcado de esa supuesta y falaz «lealtad», y sobre todo de la ceguera de la izquierda para consigo misma. Pienso que el apoyo de Boric al proyecto constitucional fue significativo. No creo que se le hayan pasado por alto las carencias y el voluntarismo de algunas

propuestas, pero respetó el consenso, el trabajo del colectivo y se unió al fracaso inicial, igual que se habría unido al triunfo. Me parece un hombre respetable, transparente, al que no lo seducen los juegos del poder. La pregunta es si los pueblos están preparados para un dirigente de esa calidad, si al final no le reprocharán que no sea «político» en el mal sentido de la palabra. Es una paradoja.

*En su primera novela, La mujer habitada<sup>2</sup>, le dio voz femenina a la resistencia del mundo ancestral, indígena, contra la opresión del invasor español y eso a su vez se conectaba con las rebeliones políticas del presente. ¿Cómo vivió la paulatina llegada de representantes de pueblos originarios al poder, empezando por Evo Morales en Bolivia, y más recientemente, de la líder mapuche Elisa Loncón, que fue elegida presidenta de la Convención Constitucional de Chile, y ahora Francia Márquez, afrodescendiente, en la Vicepresidencia de Colombia?*

Esa ascendencia de los pueblos originarios es necesaria y la celebro. América Latina es obra del mestizaje. La literatura lo ha reflejado en muchas obras seminales, pero la sociedad en su conjunto sigue siendo racista y desconfiada de doble vía. Y claro, a los líderes de extracción indígena se los observa con lupa, o se los rodea de un halo romántico. Un poco lo que nos pasa a las mujeres, pero la realidad se impondrá aunque el tránsito hacia la aceptación

2. Vanguardia, Managua, 1988.

plena habrá que pasarlo porque así es la humanidad. No cambia de un día al otro. La literatura puede ayudar en ese tránsito, está ayudando, pienso.

*En El país bajo mi piel<sup>3</sup>, escribió una memoria política de su generación, la alegría de la lucha colectiva, el sentimiento de un nosotros por sobre lo individual, la euforia emocionada del triunfo y luego el desencanto y la ruptura. Ese libro se publicó en 2001, apenas diez años después del comienzo del fin del proyecto sandinista. ¿Cómo fue el proceso íntimo de esa ruptura? ¿Fue claro desde el principio o hubo momentos de contradicciones, de dudas, de temor a estar «haciéndole el juego a la derecha», por ejemplo, como se decía entonces?*

Odio la descalificación implícita en ese «hacerle el juego a la derecha», porque así se suele calificar la crítica que no complace a los dirigentes «revolucionarios». Son muletillas de propaganda, acusaciones fáciles que buscan el desprestigio del mensajero sin ahondar en el mensaje. Creo que hubo mucha levedad entre la dirigencia sandinista con el caso de Daniel Ortega. Sabían sus defectos, pero no lo enfrentaron con valentía. Eso es para mí uno de los misterios de quienes veíamos el proceso, pero no teníamos la autoridad para actuar. Los dirigentes sí tenían autoridad, pero no hicieron uso de ella. Creyeron en la supuesta popularidad de Ortega, a pesar de que había sido derrotado en las elecciones de 1990.

Pudieron haber tomado las riendas del FSLN [Frente Sandinista de Liberación Nacional], pero se amilanaron, o quizás fueron vencidos por las disputas de poder entre ellos mismos. Ortega se impuso porque carece de escrúpulos. Creo que los otros, hasta su propio hermano calculador, Humberto Ortega, al querer protegerlo del oprobio de la derrota le hicieron el juego. Muy pronto se publicará un libro de ensayos mío que he llamado *Luciérnagas*, que reúne artículos que escribí en esos años, que dan una idea de cómo y por qué sucumbió el sandinismo.

*¿Cómo se relaciona con ese pasado para que la revisión crítica de la experiencia revolucionaria no se convierta en la aceptación de los límites de lo posible? ¿Qué le dice hoy la palabra utopía?*

A estas alturas de mi vida, creo que hay que aceptar los límites de lo posible. Aceptar que estos procesos de cambio tienen que tomar en cuenta la realidad de lo que existe y lo que eso significa en términos psicológicos y culturales. Pensar que tener el poder es el pasaje para viajar a la utopía es inmaduro. La compasión y la empatía deben prodigarse hacia el conjunto de la población, embarcar a todos en los proyectos de cambio con un concepto de gradualidad. El enfoque estrictamente economicista falla una y otra vez. Creer que la justicia social se puede hacer a la fuerza aleja la realización de ese objetivo.

---

3. Plaza & Janés, Barcelona, 2001.

*En Las fiebres de la memoria*<sup>4</sup>, contó una historia relacionada con el origen de su familia y con los cruces y mestizajes entre dos mundos, cuando ese duque francés que debe abandonar su país después de un crimen se establece finalmente en un pueblo de la remota Nicaragua, donde debe adaptarse al nuevo lugar y reinventar su identidad para sobrevivir. ¿Cómo fue para usted la experiencia de la emigración y el encuentro con la otredad?

Concebí *Las fiebres de la memoria* como una novela sobre la migración. ¿Por qué historias pasadas nacimos donde nacimos? ¿Cuántos pasados no fueron borrados para que alguien pudiese rehacer la vida en otra parte? Ese antepasado que puebla las leyendas de mi familia, que debió pretender que había muerto, desclasarse, reinventarse, ¿acaso no representa a tantos que hoy cruzan fronteras? Ese dejar de ser para pertenecer a la otredad ha sido parte de la historia humana desde el principio de los tiempos. Y ha sido doloroso, pero también ha creado espacios multiculturales que, si no se rechazan, y si se rodean de un contexto generoso, suelen dar frutos inesperados. Pienso en los españoles refugiados de la Guerra Civil y su efecto en México, en Cuba; los italianos en Argentina; los alemanes y daneses que iniciaron el cultivo del café en Nicaragua. El problema de las grandes migraciones modernas es la

pobreza, no la migración en sí. Es la mirada calculadora en términos económicos que lo mira como una carga, es el miedo a lo diferente, la falta de una discusión profunda en cada país que recibe, de cómo hará para que quienes migran puedan hacer vidas útiles y felices. Se ponen parches en las políticas de Estado, pero no se busca cómo tomar ese enorme capital humano para mejorar la vida de todos. Mira que en Europa la demografía es crítica. No se reproducen. Están envejeciendo. El problema es que somos tribales todavía, territoriales. Y que no se le hizo frente al problema de la desigualdad. El colonialismo, el sometimiento, la explotación fueron como una bomba de tiempo. Es metafóricamente parecido al cambio climático. El problema se ve, pero no se hace lo suficiente.

*Se la llamó «la poeta del erotismo», una etiqueta que usted solía poner en discusión aunque ya desde su primer libro, Sobre la grama*<sup>5</sup>, *su poesía dio voz propia a las mujeres y se atrevió a nombrar el cuerpo, a hablar del deseo, del poder de lo femenino, de la mujer como sujeto y no como mero objeto erótico. ¿De dónde nacía esa búsqueda de libertad, esa rebelión contra los mandatos de la época, que también se extendía a su práctica política?*

Así vine de fábrica. No planeé mis «atrevimientos», aunque una vez que

4. Seix Barral, Barcelona, 2018.

5. Anamá, Managua, 1972.

se convirtieron en escandalosos, me dio gusto ahondar y expandirme sobre esa zona prohibida de la feminidad. Creo absolutamente en el poder del ser y del cuerpo femenino. Creo que es liberador porque es la primera piedra sobre la que se basa todo el constructo de la dominación de la mujer por el hombre. Apropiarse una de su poder y proclamarlo es como tocar esas trompetas que, en la Biblia, derrumbaron las murallas de Jericó. Como digo en un poema: «En verdad, en verdad os digo; no hay nada en el mundo más poderoso que una mujer. Por eso nos persiguen». Y nos matan, en todas partes y en todas las culturas. Es un horror. Pero la igualdad llegará. No tengo la menor duda.

*¿Qué reivindicación había en la cuestión del erotismo al comienzo de su carrera y qué sentido le sigue encontrando hoy? ¿O los tabúes se desplazan y el que una mujer adulta, a los setenta y pico, escriba sobre sexualidad, sobre menopausia y reivindique el derecho al deseo y al erotismo, más allá de la edad, como la Emma de El intenso calor de la luna<sup>6</sup>, sigue generando incomodidad?*

¿Hasta cuándo es lícito el deseo o el placer? ¿Quién cuestiona a los hombres

mayores que se casan o se juntan con mujeres jóvenes? La medicina inventa el Viagra y santo remedio. Yo escribo sobre los tabúes porque son eso: tabúes elaborados con la mujer en mente. Como dice mi personaje en *El intenso calor de la luna*: ¿que acaso vamos a aceptar que a las mujeres solo se nos concedan los 20 años con piel de manzana? ¿Pensar que después de los 40 ser sexy es «indecente»? En mi experiencia, a los 40 es cuando se alcanza la plenitud sexual femenina y nosotras, además, tenemos la sexualidad muy vinculada a lo emotivo, de manera que mientras haya emociones, hay sexualidad. Todo lo que se diga al contrario no es real, es aprendizaje de una sociedad que desvaloriza el cuerpo femenino cuando deja de ser fértil. Craso error masculino.

*Antes mencionó su libro El país de las mujeres, en el que imaginó una sociedad gobernada por mujeres. ¿Sigue pensando que si nosotras ejerciéramos el poder político, desde la experiencia y la perspectiva femenina, desde la empatía y el cuidado hacia los otros, el mundo sería un lugar mejor?*

Sí, lo sigo pensando. ☐

6. Seix Barral, Barcelona, 2014.